



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

LOS CAMBIOS EN EL MUNDO ROMANO DEL
SIGLO III: EL CASO DE HISPANIA

CHANGES IN THE THIRD CENTURY ROMAN
WORLD: THE CASE OF HISPANIA

Autor

Miguel Ángel FERNÁNDEZ

Director

Esteban MORENO RESANO

Facultad de Filosofía y Letras
2019

1. INTRODUCCIÓN	1
1.1. JUSTIFICACIÓN	1
1.2. OBJETIVOS.....	1
1.3. METODOLOGÍA.....	2
1.4. ESTADO DE LA CUESTIÓN.....	2
2. EL SIGLO III: ¿UN SIGLO DE CRISIS?.....	4
2.1. SEGÚN LOS AUTORES ANTIGUOS.....	4
2.2. SEGÚN LOS AUTORES MODERNOS.....	5
2.3. CONCLUSIÓN	8
3. LAS GUERRAS Y LAS CRISIS MILITARES	9
3.1. LAS REFORMAS ANTONINAS Y SEVERIANAS	10
3.2. LAS CRISIS MILITARES EN HISPANIA.....	13
3.3. CONCLUSIÓN	16
4. ¿REORDENACIÓN O CRISIS SOCIAL?	16
4.1. LA <i>CONSTITUTIO ANTONINIANA</i>	17
4.2. LOS CAMBIOS EN EL ORDEN SENATORIAL	19
4.3. LOS CAMBIOS EN EL ORDEN ECUESTRE	20
4.4. LOS CAMBIOS EN LOS ESTRATOS INTERMEDIOS.....	22
4.5. LOS CAMBIOS EN LOS ESTRATOS INFERIORES.....	22
4.6. EL CRISTIANISMO COMO AGENTE TRANSFORMADOR	23
4.7. CONCLUSIÓN	25
5. LA ECONOMÍA: HISPANIA Y SUS CIUDADES	26
5.1. MONEDA Y PRESTIGIO	27
5.2. HISPANIA: UNA FÁBRICA DE ACEITE, VINO Y METAL	29
5.2.1. El vino y el aceite	29
5.2.2. El metal	30
6. LOS MUNICIPIOS HISPANOS	30
6.1. ¿POR QUÉ CADA CIUDAD RESPONDE DE DISTINTA MANERA A LA CRISIS?.....	32
7. CONCLUSIONES.....	32
BIBLIOGRAFÍA	34
ANEXO	37

Resumen

El siglo III, ya en su momento, fue catalogado por los autores de la época como una época fatídica en la que los emperadores comenzaron a ejercer un poder despótico sobre el resto de ciudadanos del Imperio. Las ciudades y las gentes caían en desgracia y los bárbaros saqueaban las fronteras ante la impotencia del ejército romano. Hoy día, existen dudas razonables para suponer que esta época, que siempre ha sido considerada oscura, no fuera tan oscura. En las siguientes líneas se ha pretendido mostrar los cambios que sufrió el Imperio Romano y, en particular, Hispania, al margen de considerar estos cambios como crisis o como meras transformaciones, debate que hoy día sigue vigente.

Palabras clave: Siglo III, Imperio Romano, invasiones, social, arqueología.

Abstract

The third century, in its own time, was considered by the ancient writers as a disasterful time, when emperors began to make use of a despotic power over the other citizens of the Empire. Cities and people fell on misfortune and barbarians looted the borders in front of the roman army impotence. Today, there are reasonable doubts to suppose that this time, that has ever been considered dark, was not that dark. In the next lines has been pretended to show the changes that suffered the Roman Empire and, particularly, Hispania, apart from to consider these changes as crisis or just normal transformations, debate that today still alive.

Key words: Third century, Roman Empire, invasions, social, archeology.

1. INTRODUCCIÓN

1.1. JUSTIFICACIÓN

Aunque siempre he sentido predilección por la Historia de Roma, dada la gran cantidad de yacimientos de época romana que he visitado desde mi infancia, mi interés, en particular, por el siglo III comenzó hace alrededor de tres años: con motivo de mi cumpleaños, mis padres me regalaron el libro *SPQR: una historia de la antigua Roma*, de la profesora Mary Beard.¹

A pesar de que el libro cuenta con numerosos datos, para mí hasta entonces desconocidos, y narraba de una manera magistral la historia de Roma desde su fundación hasta el dominio del Mediterráneo, la narrativa culminaba con la dinastía de los Antoninos, en el siglo II. El siglo III y los siguientes eran tratados como poco menos que un epígrafe de la historia romana, un prolegómeno de la Edad Media.^{2 3}

A partir de entonces, en cada yacimiento romano que he visitado en España, he visto que el siglo III es tratado como un vacío arqueológico en la excavación de la mayoría de las ciudades. Y, en el caso de que se hallen restos del siglo III, presentan un declive obvio respecto a los siglos anteriores. Sin embargo, las grandes villas romanas datan de este mismo siglo, y yo quería saber cómo era posible que mientras grandes ciudades caían, la mayoría de las villas fueran datadas en una época simultánea a estas caídas.

Hace dos veranos, tuve la oportunidad de excavar en el yacimiento de la “ciudad romana de Los Bañales”. De nuevo, el siglo III era como un vacío existencial entre los edificios de aquella ciudad.

Ha sido mi experiencia como lector y como estudiante del Grado de Historia, complementada con la participación en campañas arqueológicas, lo que me ha conducido a dedicar este trabajo al siglo III, tan bien documentado como, hasta fechas recientes, poco estudiado.

1.2. OBJETIVOS

Este trabajo tiene como objetivo fundamental realizar una síntesis de los cambios que acaecieron en el Imperio Romano alrededor del siglo III.

A través de una perspectiva general sobre distintos aspectos que afectaban a la vida cotidiana de los habitantes del Imperio, desde campañas militares hasta redistribución de la riqueza, he pretendido generar una idea amplia sobre el ambiente de cambio que pudieron sentir las gentes de este siglo.

¹ BEARD, M. (2016).

² HEATER, P. (2006).

³ WICKHAM, C. (2013).

Por último, pero no menos importante, dado que hablar de los casos particulares de todas las ciudades del Imperio sería una labor titánica, a la par que mucho más extensa que las dimensiones que se proponen para este trabajo, he decidido centrar una especial atención sobre las provincias de Hispania y, en particular, la Tarraconense.

1.3. METODOLOGÍA

Para realizar este trabajo se han consultado, en primer lugar, algunas obras de carácter general sobre la Hispania romana, disponibles en la biblioteca María Moliner. A partir de los datos obtenidos de éstas, he consultado obras más específicas, especialmente sobre economía, pensamiento y sociedad del mundo antiguo.

Por último, los manuales de arqueología que detallan, ciudad por ciudad, los hallazgos arqueológicos que se han ido encontrando y los indicios que presentan, desde artículos y actas de congresos con más de cincuenta años hasta obras escritas hace relativamente poco.

Sumado a toda esta investigación bibliográfica, he visitado en persona, en los últimos meses, algunos de los yacimientos que se mencionan en los siguientes capítulos, como es el caso de Labitolosa, Los Bañales o la villa de Liédena.

1.4. ESTADO DE LA CUESTIÓN

En lo referente al estudio del siglo III, los primeros que apreciaron unos cambios obvios en la estructura política del Imperio Romano, fueron los contemporáneos a los reinados de los últimos Antoninos y los Severos. Tertuliano, Herodiano o Casio Dion, que mostró su preocupación ante emperadores autoritarios y contrarios a los intereses del senado, como es el caso de Caracalla o Cómodo, son los principales autores del siglo III. Nunca usaron el término “crisis” para definir lo que estaba ocurriendo, más bien se lamentaron por la decadencia en el sistema político y lo inadecuado de ciertas reformas, pero nunca llegaron a ampliar su campo de visión a los problemas sociales más allá de sus problemas personales.

Otra visión fue la aportada por los autores cristianos del siglo III, que catalogaban los sucesos de su tiempo como un tema teológico. Sus textos tienen un fuerte contenido proselitista, por lo que hay emperadores buenos o malos en función de sus actos respecto al trato del cristianismo, así como teorías sobre estar viviendo el fin del mundo. De nuevo, sus escritos siguen una motivación personal, y no una informativa.⁴

En el siglo IV, autores como el creador de la *Historia Augusta*, Eutropio, Zósimo o Aurelio Victor, eran funcionarios de la casa imperial que escribieron sobre el siglo anterior. Ya hablaban de una crisis, pero sus escritos tienen una finalidad propagandística a favor de los emperadores para los que escribían, por lo que tienden a exagerar la decadencia del siglo anterior para mostrar el suyo como un siglo de oro

⁴ ALFÖLDY, G. (1973).

comparativamente.⁵

En el siglo XVIII, Edward Gibbon escribió *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, en la que se analizó por primera vez con detalle la crisis. La tesis principal que presenta se centra en la influencia que la imposición del cristianismo sobre la decadencia del Imperio en el siglo III.

En 1926, Mijaíl Rostovtzeff publicó *Historia social y Económica del Imperio Romano*. Es la primera obra que trató de abarcar la historia de Roma desde varios campos de estudio, más allá del estudio político tradicional. Sin embargo, sus escritos deben ser tomados con cautela, ya que poseen una perspectiva influenciada por la Revolución Rusa, vinculando con excesiva seguridad las crisis del Imperio a los cambios sociales, muestra la crisis como un enfrentamiento entre clases.

Blas Taracena, tomando la arqueología como base, estudió los efectos causados por las invasiones bárbaras de mediados del siglo III sobre las poblaciones de la Península Ibérica. A partir de tesorillos de monedas encontrados en diversas excavaciones, estableció una cronología de la destrucción de las mismas y ya recalcó, a mediados de siglo XX, que no había habido una única invasión, sino varias con distintas características.

Álvaro D'Ors se movió en círculos fascistas de la Roma de principios del siglo XX y fue un estudioso muy influyente durante el franquismo español. Fue uno de los mayores expertos sobre derecho romano que ha habido en España y hoy día la mayoría de sus conclusiones sobre muchas leyes romanas se tienen muy en cuenta al hablar de la legislación de la época. Si algo se le puede achacar, es que limitó su estudio sobre la Antigüedad a los textos y siempre mantuvo que eran la fuente más importante para conocer el pasado, así que no recurrió a los estudios multidisciplinarios, centrándose en lo político únicamente.

Menéndez Pidal, también durante el franquismo, escribió, junto a otros muchos autores, una *Historia de España* que abarcó desde la Prehistoria hasta la actualidad. Entre los tomos de esta titánica obra, se encuentra uno dedicado al pasado romano de la Península. Ya trató en este tomo el siglo III, aunque, de nuevo, desde una perspectiva decadentista.

Geza Alföldy, con su *Historia social de Roma*, defendía que la crisis no se origina en el siglo III, sino que los orígenes de la misma vienen de mucho antes. Según él, la decadencia del Imperio llevaba mucho tiempo dando signos de aparición, y lo que ocurre en el siglo III es el estallido de todo esto. Por tanto, se dedicó a estudiar los cambios que fueron teniendo lugar en la sociedad romana desde su fundación.

Michel Christol, por su parte, mantenía que es la tensión del exterior la que provocó los cambios en el Imperio, rechazando la teoría de un problema estructural base en la sociedad romana.

Actualmente, el debate sobre si lo sucedido en el siglo III se trata de una crisis que abarca muchos campos o varias crisis separadas que coinciden en el tiempo, así

⁵ MORENO, E. (2014).

como la naturaleza y existencia de las mismas, sigue siendo tema de debate. Se ha abogado por el estudio multidisciplinar del tema, contrastando mediante los hallazgos arqueológicos las hipótesis ofrecidas por los expertos en los distintos campos de estudio.

2. EL SIGLO III: ¿UN SIGLO DE CRISIS?

En primer lugar, se debe mencionar que la tradicionalmente llamada “crisis” del siglo III es un episodio de la historia del Imperio Romano que abarca, de manera más evidente, desde el final de la dinastía de los Severos (235) hasta la subida al poder de Diocleciano (284).⁶

2.1. SEGÚN LOS AUTORES ANTIGUOS

Los primeros en tratar el siglo III como un periodo repleto de crisis puntuales fueron los panegiristas latinos, entre los que podemos encontrar a Eumenio, quien vivió a mediados del siglo III. En cualquier caso, aunque no hicieron referencia en sus escritos a Hispania, sin embargo, sí escribieron sobre la crisis del Reino de Palmira, el Imperio de las Galias o las bagaudas como sucesos críticos para el Imperio.

Eutropio, Aurelio Víctor o Zósimo, así como la Historia Augusta, ya en el siglo IV, son buenas fuentes escritas sobre la “crisis”, pero sus textos deben ser tratados con cautela. Se trata de documentos cargados de contenido político propagandístico, y en muchas ocasiones pretenden desprestigiar deliberadamente a unos emperadores y sus reinados frente a otros a los que tratan de mostrar como *Optimus Princeps*.

Casio Dion, Herodiano o Tertuliano también escribieron en el siglo III, pero su obra no habla de los sucesos posteriores al reinado de Maximino, el Tracio (235-238), ya que el primero murió en el 235, el segundo en el 240 y el tercero en el 220. Como explica Esteban Moreno, en ningún caso usaron el término “crisis” para referirse a los episodios que narran, pero si utilizaron un vocabulario metafórico propio de la administración imperial para referirse a lo catastrófico de los sucesos para el Imperio. Contemplan su tiempo como el paso de una edad de oro a una decadente.⁷

Cipriano, obispo de Cartago, por su parte, describe el siglo III como un periodo desolador y sostiene que se trata del fin del mundo, sin duda, una exageración de los hechos.⁸

En cualquier caso, los autores clásicos coinciden en que el periodo comprendido entre los reinados de los Severos y Diocleciano se trata de una época oscura para el Imperio. Sin embargo, su idea de crisis se limita a un hecho concreto que sucede de manera puntual y que afecta de manera directa sobre un área específica. Normalmente, no estudian las causas que han provocado la mala situación que describen, simplemente

⁶ STROBEL, K. (1993). Como ha planteado en su trabajo *Das Imperium Romanum im 3. Jahrhundert: Modell einer historischen Krise?*, el cual, aunque no he leído, he conocido gracias a la recensión en castellano de Navarro, F.J. (1998). p. 408.

⁷ MORENO RESANO, E. (2014). pp. 532-533.

⁸ BRAVO CASTAÑEDA, G. (2012). pp. 118-119.

se limitan a culpar al emperador que gobierna en el momento del problema, y a menudo critican en base a sus propios intereses personales, por ejemplo, Casio Dion critica las medidas antisenatoriales de Cómodo por su propia condición de senador.

Siguiendo esta concepción de lo que es una crisis, los autores antiguos no veían una crisis de larga duración, sino un periodo oscuro en el que se sucedieron diversas crisis en distintos campos y lugares del Imperio y que, en algunos casos, se solaparon, dando lugar a un periodo, a su parecer, nefasto.

Si nos limitamos a Hispania, las fuentes escritas antiguas son todavía más escasas y principalmente hacen referencia a los hechos concretos que ellos consideran “crisis”. Un episodio que reflejaría de manera clara la poca fiabilidad que nos aportan los textos antiguos al estudiar el siglo III, sería la destrucción de la ciudad de Tarraco (Tarragona), la capital de la *Hispania Citerior*, a manos de bárbaros, y la posterior partida de éstos hacia África, en torno al 260. Los primeros de los que se tiene constancia que trataran el tema por escrito, son Eutropio y Aurelio Victor, ya en el siglo IV. Ambos se contradicen entre sí; mientras el primero⁹ mantiene que fueron los Germanos quienes destruyeron la ciudad, el segundo¹⁰ mantiene que fueron los Francos. Por tanto, si cada uno de ellos explica el suceso de una manera distinta, es posible que ninguno de ellos supiera con certeza lo que sucedió en realidad. Otros autores como Jerónimo¹¹, Próspero de Tiro¹² o Paulo Orosio¹³ también escribieron sobre el tema, pero probablemente basándose en la versión de Eutropio, apoyando por tanto con rotundidad la idea de la incursión germana, y no franca, sin tener tampoco ninguna certeza.

2.2. SEGÚN LOS AUTORES MODERNOS

Hoy en día, por crisis ya no se entiende un hecho delimitado espacial y temporalmente con efectos inmediatos y nefastos de una duración concreta. De hecho, el debate sobre si se debería usar el término “crisis” (moderno y alusivo a un estado médico) hablando de la realidad antigua, ya que es una palabra que los contemporáneos nunca llegaron a utilizar. Citando a Genaro Chic García, una crisis es “el punto culminante de un proceso continuo en el que lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer”¹⁴

Partiendo de esta base, para explicar lo que fue la “Crisis” del siglo III, debemos establecer el punto de partida del proceso de cambio y determinar en que momento fue su culminación, esa situación de confrontación entre lo que quiere llegar y lo que aún no se ha ido.

⁹ EUTR. 9, 8, 2. Cf. MATA SOLER, J (2017). p. 42. *Germani civitatem nobilem Tarraconem expugnauerunt*. “los germanos (...) tomaron por asalto la noble ciudad de Tarraco” (Traducción de Emma Luque, Madrid, Gredos, 1999, p. 126)

¹⁰ AUR. VICT. Caes. 33, 3. Cf. MATA SOLER, J. (2017). p. 42.

¹¹ JER. Chron. 1830. Cf. MATA SOLER, J. (2017). p. 42.

¹² EPIT. Chron. 720. Cf. MATA SOLER, J. (2017). p. 42.

¹³ OROSIO. 7, 41, 2. *Quod per ducentos quodam annos propemodum duodecim Germanis evertentibus exceperunt*. Cf. LÓPEZ MELERO, R. (1990). “Y lo sufrieron incluso durante casi doce años en una invasión de germanos, en la época del emperador Galieno”

¹⁴ CHIC GARCÍA, G. (2017). p. 119. Del libro *Oppida Labentia*. “Aspectos fiscales y de tributación a partir de Marco Aurelio: Indicios del cambio”

En cuanto a la naturaleza de la crisis, su inicio y su duración, el debate sigue hoy en día vigente, por lo que me limitaré a realizar una breve síntesis de las teorías que existen al respecto, así como mi propia visión sobre el tema en cuestión.

Como he mencionado en el estado de la cuestión, existen diversas doctrinas y perspectivas que nos permiten saber más sobre el periodo. Dependiendo de cual utilicemos para hacernos una idea general sobre la “crisis”, las fechas variarán en cuanto a cuando comenzó y cuando terminó.

Michel Christol no considera que el Imperio fuera víctima de un problema inherente a su estructura al cual se pueda culpar de su fragilidad frente al cambio. Él defiende que la crisis se origina a partir las invasiones bárbaras que asolan los *limes* imperiales a partir del reinado de Marco Aurelio. El Imperio Romano, hasta entonces habituado a la guerra ofensiva, se ve obligado a defenderse frente a los nuevos pueblos agresores del Rin y el Danubio, todo esto tras la expansión continua bajo Trajano y la relativa estabilidad bajo Adriano y Antonino Pío.

La respuesta a estas invasiones conlleva una serie de consecuencias en campos que van más allá del militar, como pueda ser la venta de propiedades imperiales con Marco Aurelio para pagar la campaña defensiva continua. Esto deriva, ya a mediados del siglo III en la preponderancia de lo militar frente a lo civil, ascendiendo emperadores desde el ejército (tal vez el ejemplo más ilustrativo, Maximino el Tracio). Entre el 235 y el 284, por tanto, lo que apreciamos, según Christol, es el ascenso de unos emperadores en base a las necesidades inmediatas del Imperio que, en este caso, son militares y, por ende, se desatiende en cierta medida la administración. La atención se traslada de las provincias al *limes*, generando una nueva atmósfera política, más encaminada al exterior que al interior, Roma ya no es el centro desde el que se dirige el Imperio, y algunos emperadores ni pasarán por la ciudad eterna durante sus reinados a partir del 235, sino que se limitarán a dirigir el Imperio desde el *limes* que deban defender en cada momento.¹⁵

Por tanto, Christol aprecia el siglo III como un momento en el que el Imperio Romano, que hasta entonces ha gozado de una estabilidad notable, atraviesa una serie de dificultades venidas del exterior y los efectos negativos derivados de estas son apreciables en varias áreas de la vida cotidiana, como puedan ser el aumento de los impuestos, la desatención de lo civil, etc.

Geza Alföldy, a través de los documentos epigráficos y la arqueología, determinó que el proceso de cambio no comenzó con el fin de los Severos y que no se limitaba al siglo III como consideraban los autores del siglo IV.

Casio Dion, anterior al 235, ya recalcó que “el reinado de Cómodo marcó la transición de un reino de oro y plata a uno de hierro y óxido”¹⁶ Sin embargo, aunque Casio Dion pusiera el punto de partida de la decadencia en el reinado de Cómodo, Alföldy fue más atrás, estableciendo el inicio de los cambios en el reinado del rey filósofo, Marco Aurelio.

¹⁵ CHRISTOL, M. (1974). pp. 200-214.

¹⁶ DION CASIO, LXXI, 36, 4. Cf. ALFÖLDY, G (1987). p. 212.

Es él quien nombró César a su hijo Cómodo, acabando así con el sistema sucesorio antonino de la adopción y dando paso a lo que podríamos considerar un cambio a tener en cuenta en lo institucional, ya que a partir de su sucesión, los emperadores que duraron en el cargo, nombraron, por lo general, cesáres a parientes cercanos a ellos.

Además, durante el reinado de Marco Aurelio ya se da la guerra constante en el Rin, la subida generalizada de impuestos, así como una devaluación monetaria constante, y la desatención de lo civil en favor de lo militar. Por tanto, con Marco Aurelio ya se da la crisis militar, aunque durante sea durante el reinado de Cómodo cuando se desarrolle la crisis política.

Alföldy definió este periodo y sus cambios como “the coincidence of economic, social, political and spiritual changes causing an accelerated general process in the course of which an old system would be replaced by a new one”¹⁷. Por tanto, según él, si nos encontraríamos ante una crisis general del propio sistema imperial romano, que durante el final del siglo II y el final del III sufrió una serie de cambios que acabaron con él, siendo sustituido por otro nuevo.

Esta concepción de Alföldy de lo que fue el siglo III, entraría en conflicto con la de Gonzalo Bravo Castañeda, este último defiende que la crisis, o mejor dicho, las crisis, no fueron una serie de cambios que acabaron con el sistema hasta entonces establecido, estableciendo uno nuevo. No se produjo una ruptura del orden institucional, sino una transformación del principado. El siglo III es el escenario en el cual se pone a prueba la capacidad de autopreservación del Imperio, cuyo sistema demuestra su adaptabilidad sobreviviendo en una nueva forma, transformado, a las adversidades que se le han presentado.¹⁸

Así pues, tomando esta concepción de la crisis o las crisis como base, la rápida sucesión de emperadores puramente militares, a cada cual más autoritario que el anterior, no sería un signo de crisis, sino más bien una reacción de supervivencia ante las invasiones sobre el *limes*. Estamos en un momento en el que la situación militar es apremiante, lo cual requiere de una serie de reformas en distintos campos (reclutamiento, fiscalidad, producción), reformas que se ejecutan enmarcadas como decretos arbitrarios de distintos emperadores en un periodo de 50 años (235-284).

Siguiendo la concepción de Castañeda sobre la crisis, por tanto, ¿cuál sería el resultado? Cincuenta años después de la caída de los Severos, encontramos un Imperio Romano totalmente distinto al que había en el 235, pero sin una ruptura del sistema.

Alföldy, en su trabajo “*The Crisis of the Third Century as Seen by Contemporaries*”, explica que los propios autores del siglo III presencian estos cambios rápidos con base en decisiones arbitrarias de la casa imperial como, en algunos casos, el fin del Imperio o, incluso, el Mundo.¹⁹ Sin embargo, la prueba de que estos cambios no fueron la causa del problema, sino la consecuencia o, si se quiere, la solución, está en

¹⁷ ALFÖLDY, G. (1973). pp. 89-90.

¹⁸ BRAVO CASTAÑEDA, G. (2012). pp. 115-140.

¹⁹ ALFÖLDY, G. (1973). pp. 89-111.

que el Imperio sobrevivió otros dos siglos y, por ejemplo, Filipo el Árabe celebró el milenario de la fundación de Roma en el año 248, algo impensable según las impresiones de Casio Dion cincuenta años antes. Además, para finales del siglo III, hasta los autores cristianos, siendo perseguidos por Diocleciano, mostraron un mayor optimismo respecto al futuro del Imperio.

Por su parte, Clifford Ando, sitúa el inicio de la crisis en la dinastía de los Severos. Para él, el inicio de la crisis se rige por la destrucción total del sistema político imperial. Las reformas fiscales y políticas que se llevan a cabo desde el reinado de Septimio Severo son las que marcan el fin definitivo de la estructura institucional y administrativa hasta entonces vigente. Los reinados de Cómodo o Marco Aurelio, a pesar de encarnar el cambio militar y político, no acabaron con la estructura política como tal, cosa que sí hicieron los Severos.²⁰

En cualquier caso, la crisis no fue igual en todas partes. La arqueología nos desvela que en Hispania, ya durante el reinado de Adriano (117-138), se aprecian en muchos municipios los síntomas de la crisis que afectaría medio siglo después a todo el Occidente Imperial. Por tanto, en el caso específico de Lusitania, Baetica (lugar de nacimiento del propio Adriano) y Tarraconensis, se podría decir que la crisis comenzó medio siglo antes que en el resto del Imperio. Por tanto, si la crisis es ya plena en Hispania hacia mediados del II, ¿cuándo se inició el proceso que llevó a ella?

La numismática nos da otro origen para la crisis todavía más temprano que el defendido por Casio Dion, Alföldy, Christol o las evidencias arqueológicas aportadas por las excavaciones españolas estudiadas como conjunto²¹. Las crisis económicas de los siglos II y III no fueron las primeras registradas desde el comienzo del modelo imperial de Roma iniciado con Augusto. Encontramos un precedente claro ya en el siglo I, con Nerón²². En cualquier caso, lo referente a esta crisis económica será explicado más adelante.

2.3. CONCLUSIÓN

En definitiva, cuanto más amplio es nuestro conocimiento sobre la “crisis”, antes podemos situar las causas que la originaron o, incluso, su propio comienzo.

En mi humilde opinión, la “crisis” del siglo III no se limita en absoluto al siglo III. Dependiendo de la disciplina que utilicemos para adquirir la información, apreciaremos los cambios atribuidos, en origen, al siglo III antes o después. No estamos ante una crisis continuada que asoló el Imperio hacia el siglo III durante 50 años, si no que una serie de problemas en el propio núcleo de la estructura imperial se fueron manifestando en distintos momentos y bajo distintas formas, llegando a ser más evidentes entre los reinados de Marco Aurelio y Diocleciano, en los que estos puntos débiles del engranado imperial (que siempre tuvo) no resistieron ante agentes ajenos al Imperio, como las invasiones, el clima o las epidemias. Finalmente, estas debilidades

²⁰ ANDO, C. (2012).

²¹ ANDREU, J. (ed.) (2017).

²² CHIC GARCÍA, G. (2017). pp. 138-140. Del libro *Oppida Labentia*. “Aspectos fiscales y de tributación a partir de Marco Aurelio: Indicios del cambio”

sumadas a estos agentes, generaron problemas puntuales que acabaron siendo solucionados o no, y, en el proceso, el Imperio se vio transformado en una nueva forma de gobierno basado en un cuerpo burocrático de la casa imperial fuerte.

Para hacernos una idea detallada de los cambios que sufrió el Imperio hasta la reforma administrativa de Diocleciano, debemos hacer hincapié en el estudio de las que siempre fueron su gran motor, las ciudades. Cada ciudad debe ser estudiada pormenorizadamente como un engranaje de la maquinaria que supone el Imperio. No en todas se dieron los mismos cambios, ni si quiera entre las ciudades de una misma provincia. Sin embargo, la decadencia de una región suponía un cambio en la sinergia del Imperio Romano, del mismo modo que un cambio en los intereses del grupo social dirigente podía suponer la clara preferencia de una región frente a otra. Por tanto los cambios en las ciudades no pueden comprenderse sin comprender los cambios en el Imperio, al igual que los cambios en el conjunto del Imperio no pueden comprenderse sin comprender los cambios en las ciudades.

Esta perspectiva global solo es posible adquirirla si se utilizan y se ponen en común todas las doctrinas de la investigación histórica. Del mismo modo, para comprender los cambios del siglo III (siglo II en Hispania), se deben tener en cuenta las señales ya apreciables en siglos anteriores, aunque los autores antiguos no fueran capaces de ver las señales de cambio que precedieron al cambio mismo.

Para concluir el capítulo, destacaré que, al menos en el caso de la historia del Imperio Romano, se debe desconfiar de la aparente estabilidad de los siglos precedentes a la crisis, pero también se debe tener en cuenta que, tal vez, la “edad oscura” no fue tan oscura.

3. LAS GUERRAS Y LAS CRISIS MILITARES

Según la visión de Roger Rémondon²³, hasta el reinado de Marco Aurelio, el Imperio Romano había llevado la iniciativa bélica. Sin embargo, a partir del último cuarto del siglo II, la migración de pueblos del norte y este del Imperio, convirtió, la que hasta entonces había sido una guerra de expansión, en una guerra por la defensa del *limes*.

El sistema de reclutamiento y recaudación de impuestos imperial dependía en gran medida de una distribución equitativa de los frentes bélicos. Sin embargo, hacia finales del siglo II, la guerra no se distribuye por igual (para una mayor comprensión del capítulo, se recomienda consultar la imagen 1 del anexo).

Las provincias antiguamente militarizadas, como puedan ser las de la Península Ibérica o África, se encontraban en paz, sin intervenciones militares más allá de las consecuentes al sofoco de revueltas locales, cuya financiación recaía sobre los municipios locales o, en caso de una relativa magnitud, provincial.

Sin embargo, las Germanias, Retia, Noricum, Pannonia y Dacia pasaron a ser, desde el reinado de Antonino Pío, escenario de un enfrentamiento prácticamente continuo, contra los pueblos germanos (marcomanos, cuados, yacijes y sármatas).

²³ RÉMONDON, R. (1967).

Britania también se encontraba en una situación militarmente crítica, lo que se demuestra por el desplazamiento del muro de Adriano 120km al norte de lo que estaba, durante el reinado de Antonino Pío. Por tanto, la carga económica y productiva de la guerra, recae especialmente sobre estas provincias, cuyos frentes hasta el reinado de Adriano habían sido meramente ofensivos, no defensivos, por lo que no era un frente habituado a una guerra defensiva continua y sus provincias no estaban debidamente preparadas para la misma, a diferencia de las orientales.

En Oriente, el enemigo parto, había sido una constante para Roma desde tiempos de Sila, cuando se creó la provincia de Siria, por lo que a este ya conocido frente defensivo en el Este se sumó, con Antonino Pío, el frente defensivo renano-danubiano.

Por último, en el 175, a estos dos frentes se sumó, bajo el reinado de Marco Aurelio, la rebelión de Avidio Casio, sobre la cual escribieron tanto Casio Dion como el autor de la Historia Augusta. Se trata de la autoproclamación como emperador por parte del gobernador de la provincia de Siria, quien había oído falsos rumores sobre la muerte del emperador. Habiendo hecho esto, a pesar de enterarse de que el emperador seguía vivo, mantuvo su postura rebelde, siendo asesinado por sus propios soldados a la llegada de Marco Aurelio. La importancia de este episodio, radica en que, cuando sucedió, Marco Aurelio se encontraba comandando el frente contra los germanos, y se encontró al mismo tiempo dos guerras simultáneas.

El Imperio, por tanto, se encuentra, ya en el último cuarto del siglo II, con conflictos externos e internos simultáneamente y, aunque son sofocados, a partir de este momento se encontrará con conflictos simultáneos en varios frentes.

3.1. LAS REFORMAS ANTONINAS Y SEVERIANAS

El sueldo de los soldados en tiempos de los romanos era el *stipendium*, un pago realizado en moneda de plata, el denario, que variaba en función del estatus. Este pago dependía directamente de la recaudación de impuestos en las provincias. Aunque la recaudación se realizaba en las ciudades y la responsabilidad sobre la misma recaía sobre los magistrados urbanos, la mayor parte del pago era aportada por la población rural, que aun siendo el Imperio Romano una sociedad bastante urbanizada tratándose de la Antigüedad, suponía el 80% de la población total²⁴ y debía aportar un 10% de su producción como impuestos, la *locatio*.²⁵

El aumento de los conflictos bélicos a finales del siglo II provocó que los gastos militares superaran los ingresos derivados de los impuestos provinciales. En las provincias en guerra era difícil recaudar los impuestos con normalidad y la peste antonina había causado estragos en el campo. Para evitar el colapso de la economía o el sistema productivo romano, la moneda de plata fue devaluada. Aunque los autores clásicos atribuyeron esta devaluación a Cómodo, la numismática ha demostrado que se produjo ya con Marco Aurelio.

²⁴ CHIC GARCÍA, G. (2017). pp. 117-156. Del libro *Oppida Labentia*. “Aspectos fiscales y de tributación a partir de Marco Aurelio: Indicios del cambio”

²⁵ BROWN P. (1991). pp. 17-35.

El mantenimiento del ejército asegurado con la devaluación, permitió a Cómodo lograr una paz ventajosa con los pueblos germanos. Además de abandonar el proyecto de formar dos provincias al otro lado del Danubio, desmilitarizó la zona y convirtió en tributarios de Roma a los marcomanos, los yacijes y los cuados. Se estableció así el *limes* occidental que se mantendría durante todo el siglo III.

Dado el nuevo escenario de tensión militar defensiva en la frontera renano-danubiana, Cómodo utilizó un sistema de deportaciones para alejar a las poblaciones más peligrosas de la frontera. Además, reforzó Dacia, Retia, Noricum con una segunda legión y a Pannonia se destinaron cuatro.

En el 193, tras la muerte de Cómodo, Pertinax fue nombrado emperador y asesinado en menos de tres meses por su guardia pretoriana, siendo comprado el trono por Didio Juliano. Ante este nuevo nombramiento, fueron aclamados por sus tropas, al mismo tiempo, Septimio Severo, gobernador de Pannonia; Pescennius Niger, gobernador de Siria; y Clodio Albino, gobernador de Britania.

Septimio Severo nombró César a Clodio Albino y derrotó a Pescennius Niger en el año 194. Aprovechando su presencia en Oriente, libró la guerra contra los pueblos del *limes* oriental, a quienes derrotó, formando la provincia de Osroene. Tras esto, nombró César a su hijo Basiano (Caracalla) y partió a Occidente para enfrentarse a Clodio Albino, quien se rebeló al ser desplazado de la herencia.

Cabe destacar, que en Hispania nos encontramos con diferencias regionales en cuanto a apoyos a cada uno se refiere. Mientras las ciudades de la zona entre Sagunto y Valencia apoyaron a Septimio Severo, la mayoría de los municipios de Hispania apoyaron a Clodio Albino. Esto situaba, finalizada la guerra, a unas ciudades y sus élites como aliadas de la casa imperial y a otras como enemigas castigadas o, como mínimo, no favorecidas.²⁶

En el transcurso de la guerra civil, Septimio realizó varias reformas en el ámbito militar. Disolvió a la guardia pretoriana, rehaciéndola con hombres de su confianza y acabando con el predominio de los itálicos en el cuerpo de élite del emperador. Estableció la Legión II Pártica a las puertas de Roma y potenció los cuerpos de tropas auxiliares, compuestas por los *numerii*, soldados bárbaros al servicio de Roma. Por último, devaluó nuevamente el denario, con el fin de aumentar la soldada de un legionario de 300 a 400 denarios.

Una vez finalizada la guerra civil, se dirigió de nuevo a Oriente, librando una nueva guerra y haciéndose con el tesoro parto. Tras la victoria, fundó la provincia de Mesopotamia y dividió Siria en dos, dando lugar a las provincias de Siria Coele (norte) y Siria Fenicia (sur).

A partir del reinado de Septimio Severo, se estableció, para garantizar el mantenimiento del ejército, la *annona militaris*, un impuesto sobre la propiedad que iba destinado únicamente al pago de los soldados.

²⁶ LÓPEZ SANCHEZ, F. (2017). pp. 157-176. Del libro *Oppida Labentia*. “La crisis de las ciudades hispanas comenzó con Adriano: ¿decadencia interna o falta de estímulos externos?”

Con Caracalla (211-217) se dividió Pannonia en dos provincias y se reforzó el *limes* danubiano. Durante su campaña en Armenia, fue asesinado, según Casio Dion, por su crueldad.

Severo Alejandro (222-235), por último, fracasó, definitivamente, en la política exterior del Imperio, venciendo a duras penas en el frente oriental, pero siendo asesinado en un motín militar en Maguncia, a raíz de ofrecer una paz desfavorecedora para el Imperio a los germanos.

En general, la dinastía de los Severos se caracterizó por un predominio claro de lo militar sobre lo civil. La ratificación del senado para nombrar a un nuevo emperador pasó a un segundo plano, ya que lo que garantizaba un reinado duradero era la aprobación de los militares y, en concreto, la de la guardia pretoriana. Los emperadores, a partir de los severos, fueron catalogados como tiranos o buenos gobernantes por los autores antiguos en base a su postura respecto al senado. Casio Dion deja patente su rechazo a la política de Caracalla o Heliogábalo en base a su trato al senado, debido a su propia condición de senador.

Por otra parte, en materia de política fiscal, los Severos lograron que el mantenimiento del ejército no dependiera de los impuestos provinciales, garantizando el pago a los soldados a través de la *annona militaris* y el *aureum coronarium*, un impuesto que podía ser exigido arbitrariamente por el emperador a las poblaciones en caso de necesidad de liquidez, y que recaía directamente sobre las ciudades, aunque esta arbitrariedad fue suprimida por Severo Alejandro.

La nueva carga impositiva sobre la propiedad, provocó, en parte, la partida a terreno rural de población hasta entonces urbana. Además, se favoreció fiscalmente a los soldados que se retiraran cerca del *limes* y se les concedió tierras, permitiéndoles trabajar la tierra y defender el Imperio al mismo tiempo, siendo conocidos como la *militia armata*.

Estas reformas fiscales y territoriales requirieron de la transformación de la estructura de poder imperial. El emperador se impuso claramente sobre el senado, favoreciendo así la posibilidad de tomar medidas inmediatas sobre la administración. Esto conllevó la formación de una burocracia imperial fuerte, compuesta por juristas formados que elaboraban leyes para ejercer sobre una base legal la voluntad del gobernante. Además, como ya se ha dicho, el centro del imperio dejó de estar en Roma y pasó a estar donde estuviera el emperador, por tanto, en el caso de que hubiera varios emperadores proclamados, como sucedió repetidas veces durante el siglo III, surgían diversos centros de poder y un conflicto entre ellos.

Aunque los gastos del imperio siguieron aumentando, la fuerte burocratización y el mantenimiento asegurado del ejército, así como una subida constante de los impuestos, garantizaron cierta estabilidad durante los reinados de los Severos a pesar de las guerras continuas.²⁷ Las confiscaciones por motivos políticos se establecieron como una práctica habitual y la casa imperial pasó a ocuparse, de manera directa, del transporte de productos de la *annona militaris* y la *annona civilis*, garantizando en cierta

²⁷ BROWN P. (1991). pp. 17-35. "Doblaron el número de los soldados en armas y duplicaron, y más, sus costes"

medida el suministro constante al ejército y a las ciudades en las que se requiriera suplir la falta de producción. De esto queda constancia gracias a los rótulos pintados con el control de fechado que los funcionarios imperiales imprimían en las ánforas destinadas a la *annona*, permitiendo así establecer un fechado del proteccionismo imperial sobre la producción y el consumo en tiempos de crisis, en aras de alimentar a la población y al ejército.²⁸

Es, además, en esta época, cuando la mayoría de las contribuciones altruistas a las ciudades por parte de sus élites, se convierten en obligatorias, desentendiéndose así el Estado, en gran medida, del mantenimiento urbano en todos los campos. Sumado a esto, la recaudación pasó a realizarse por parte de las élites urbanas, que se erigieron como delegados de la administración imperial a efectos prácticos, en definitiva, un control total de la fiscalidad dirigido desde la casa imperial.

A partir del llamado año de los seis emperadores (238), en el que se erigió como emperador único Gordiano III tras la guerra civil que tuvo lugar, casi todos los emperadores, hasta la llegada de Diocleciano, fueron aupados y derrocados por el ejército. No hubo ninguna dinastía que se mantuviera en el poder más de dos generaciones, por lo que se dejó de pretender que las reformas se mantuvieran en el tiempo y pasaron a ser meras medidas tomadas en vistas a las situaciones en las que se viera el Imperio a corto plazo y dependían totalmente de las decisiones de la casa imperial. Los emperadores solían ser nombrados por los soldados para solucionar conflictos militares preocupantes en el *limes* y, una vez solucionados, eran derrocados para solucionar un nuevo conflicto en otro lugar. Será por tanto, un periodo de casi cincuenta años de constantes usurpaciones e invasiones y las respuestas derivadas de las mismas.

Para el fin de este decalustro de conflictos, el imperio había perdido Dacia y sufrido diversas invasiones. Además, el propio sistema militar de las legiones basadas en infantería con apoyo de caballería y tropas auxiliares había cambiado; para finales del reinado de Aureliano las legiones se nutrían principalmente de tropas de germanos federados al servicio del emperador y un cuerpo de caballería pesada preparada para cargas rápidas en puntos decisivos, ayudada por destacamentos fronterizos en posiciones estratégicas, permitiendo una intervención rápida y eficaz en cualquier parte del *limes*, como requerían las guerras de la segunda mitad del siglo III.

3.2. LAS CRISIS MILITARES EN HISPANIA

Dado que las invasiones, usurpaciones y respuestas militares a las mismas se dieron durante cincuenta años por todo el imperio, explicar todas y cada una de ellas acabaría derivando en poco más que una enumeración. Por tanto, me limitaré a explicar aquellas que afectaron a Hispania.

Hispania, como ya se ha comentado respecto al enfrentamiento entre Clodio Albino y Septimio Severo, no era un espacio homogéneo. Las provincias no apoyaban unánimemente a un contendiente u otro en las guerras. Es más, mientras la provincia

²⁸ CHIC GARCÍA, G. (2017). pp. 136-137. Del libro *Oppida Labentia*. “Aspectos fiscales y de tributación a partir de Marco Aurelio: Indicios del cambio”

Tarraconense solía seguir los pasos de la Galia, la Bética solía seguir la tónica de África. Sin embargo, dentro de la misma provincia, independientemente de a quien ofreciera su apoyo el gobernador provincial, el apoyo que ofrecieran los municipios podía diferir de uno a otro dentro de la misma zona.

Sin embargo, a mediados del siglo III, Hispania en su totalidad siguió la estela de lo que Eutropio llamó “el Imperio de las Galias”. La arqueología ha demostrado que no hubo solo una invasión bárbara que llegara a Hispania, en todo caso hubo dos. Las mejores fuentes escritas de la época sobre estas invasiones corresponden al siglo IV, como por ejemplo, Eutropio; o al siglo V, como es el caso de Orosio.

Dado que Hispania y la Galia compartieron su destino respecto a las agresiones del exterior, las fechas en las que sufrieron de las invasiones se corresponden, aproximadamente, con dos episodios concretos.²⁹

Las ánforas de aceite de la Bética dejaron de llegar a Roma alrededor del 255, como indican los restos del Monte Testaccio, señalando un periodo de inestabilidad en Hispania. Además, en el 257, Galieno abandonó el frente danubiano para acudir a la defensa del Rin y en el 259, en respuesta al vacío de poder dejado por Galieno, Póstumo se autoproclamó emperador y se enfrentó a Salonino, a quien venció, formando el Imperio de las Galias.

En el 261, Hispania fue adherida al Imperio Galo, sin embargo, entre el 257 y el 261 tuvo lugar un vacío de poder que, al igual que sucedió en la Galia, hizo posible la incursión de alamanes y francos desde el Rin hasta África. Esta invasión queda documentada por los autores del siglo IV, quienes afirman que penetraron en la Tarraconense, conllevando la destrucción de la ciudad de Tarraco, la capital provincial. Tras esto, se dirigieron a África, embarcándose en algún punto de la costa levantina peninsular.

Sin embargo, los hallazgos arqueológicos, además de confirmar la destrucción de Tarraco y las incursiones en múltiples villas de la costa, demuestran presencia de las tropas invasoras en lugares alejados de la misma, como pudieran ser la ciudad de Clunia o la Villa de Liédena³⁰.

Por tanto, aunque el grueso de las tropas francas se dirigiera a África, cabe pensar que parte de ellas se dirigieron al norte y continuaron en Hispania durante casi una década, ya que las inscripciones que hacen alusión a la expulsión definitiva de los francos son del reinado de Claudio II, apodado “el Gótico” (268-270), que recuperó Hispania por un breve periodo de tiempo para el Imperio central en torno al 268. Sin embargo, aun con la presencia invasora y la parcial destrucción de Tarraco, la provincia Tarraconense continuó con una relativa normalidad dentro del Imperio de las Galias, ya que también se han encontrado una inscripción en Asturias y monedas acuñadas en

²⁹ TARACENA, B. (1950). “España, aunque en la retaguardia de la Galia con relación a Roma, no había intervenido directamente en las sublevaciones e intrigas de sus tropas y se limitó a sufrir las últimas sacudidas de las invasiones.”

³⁰ TARACENA, B. (1950). Blas Taracena hace referencia a tesorillos encontrados en las excavaciones de ambas localizaciones, lo que demostraría una preocupación de los locales frente a un conflicto inminente.

Tarraco dedicadas a Póstumo.³¹

Con motivo de la primera invasión bárbara de principios de la segunda mitad del siglo III y las frecuentes incursiones que esto conllevó sobre la población, se produjo un reasentamiento de soldados en el campo impulsado por los grandes terratenientes. Estos soldados, además de trabajar la tierra, componían la guarnición de villas y explotaciones agrícolas, que encontraban en estos soldados del campo la protección que necesitaban. Además de suponer un cambio en la distribución poblacional, esto demuestra la continuidad y prosperidad agrícola con la que contaba Hispania a pesar de haber sufrido la destrucción o abandono total o parcial de varios de sus municipios desde mediados del siglo II.

La segunda invasión correspondería a algún momento en torno al año 276, Tácito murió, y se inició una guerra civil entre Probo (en Oriente) y su hermano Floriano (en Occidente), sus dos hijos, decantándose Hispania, al igual que el resto de Occidente, por el segundo. Floriano fue derrotado, pero Bonoso, en torno al 281, comandando las tropas del Rin, se rebeló contra Probo autoproclamándose emperador por miedo a las represalias de Probo.

Aunque ambos fueron derrotados por Probo, hasta que éste restableció el control imperial efectivo sobre el *limes* del Rin, hubo intermitentes vacíos de poder y, por tanto, debilitamiento en las fronteras. Estos vacíos supusieron la entrada de una nueva oleada invasora, que en este caso penetró por el norte de la Península Ibérica, siendo el norte de Hispania víctima de incursiones nuevamente.

Fue en el 285 cuando se produjo la reunificación efectiva del Imperio Romano y se reinstauró el orden militar. Sin embargo, la incursión del 257- 261 y la del 276-281, así como sus reminiscencias, derivaron en la destrucción de muchas localidades.

Emporion quedó arruinada. Baetulo, como demuestran los enterramientos en lo que anteriormente fueron viviendas, sufrió una amplia destrucción. Barcino fue destruida y con los restos resultantes de tal destrucción se construyó la muralla posterior. Villas rústicas de la costa de la actual Cataluña fueron completamente arrasadas, cómo es el caso de la de San Andrés de Llavaneras o la de Tossa del Mar. Tarraco, cómo ya se ha comentado, quedó prácticamente destruida, aunque la producción de su ceca, entre otras actividades, se mantuvo, reduciéndose la población, en cualquier caso, al núcleo urbano original. Bilbilis, Ilerda y Calagurris fueron destruidas, como se sabe por las cartas de Paulino a Ausonio, fechadas en el siglo IV. Caesaraugusta, Pompaelo, Conimbriga y Pallantia, por otra parte, aunque fueron igualmente arrasadas, fueron rehechas tras los conflictos³². (Se recomienda consultar, para una mayor comprensión de este apartado, la imagen 2 del anexo, en la que se detalla la posición de muchos de los municipios romanos aquí mencionados).

Villas como la de Liédena o la de El Quintanar fueron, del mismo modo, destruidas en este periodo, siendo la primera reocupada en el siglo IV y la segunda abandonada definitivamente tras un incendio.³³

³¹ TOVAR A. y BLÁZQUEZ, J. M. (1975). pp. 133-143.

³² TOVAR A. y BLÁZQUEZ, J. M. (1975). pp. 133-143.

³³ DOMINGO, P. (2009)

3.3. CONCLUSIÓN

Podemos afirmar que el panorama urbanístico de finales del siglo III distaba mucho del que pudiéramos encontrar en la primera mitad del mismo siglo. Sumadas a los municipios previamente abandonados, las invasiones resultaron en el abandono o destrucción de muchas de las ciudades del norte, centro y este peninsulares.

Lejos de no ser afectada por los conflictos internos del Imperio, la Hispania romana sufría de las invasiones bárbaras, al igual que la Galia, cada vez que se daba un vacío de poder en el frente del Rin. Esto explicaría, por lo general, el apoyo local a las usurpaciones del poder en la Galia, dado que ambas regiones compartían el mismo destino en cuanto a defensa frente a los bárbaros se refiere.

Vemos, de este modo, como la política global imperial influía en gran medida en el destino de Hispania y, del mismo modo, el apoyo, o ausencia de él, de Hispania, era, si no decisivo, relevante en el panorama bélico del momento, siendo vinculantes los cambios u ocupaciones del poder de cada momento y las oleadas de destrucción contrastables mediante la arqueología.

4. ¿REORDENACIÓN O CRISIS SOCIAL?

Hay algo en lo que coinciden prácticamente todos los autores, y es en el éxito de la romanización. Ya en el siglo II, en todos los territorios colonizados o conquistados por Roma, se hablaba latín, se realizaban los mismos festivales, se procedía a la construcción de las ciudades con una urbanización similar, se construían el mismo tipo de edificios públicos y se desempeñaban las mismas magistraturas adaptadas en número y forma al tamaño y estatus de la ciudad. Lo que era un hecho, es que la romanización había funcionado, perviviendo dentro del sistema romano algunas formas de gobierno municipal locales, desde Britania hasta África y desde Lusitania hasta Asia.

Toda esta homogeneidad relativa dependía de la comunicación entre todas las ciudades del Imperio (que Alföldy estima que estaban en torno a 1000) a través de las vías y el mar. Gracias a esta comunicación constante en torno al Mediterráneo, las ciudades, tanto de interior como de costa, veían asegurado el abastecimiento de alimentos, el bien más importante en la Antigüedad, en caso de una baja productividad local. La propia Roma, como concreta Peter Brown, dependía anualmente de la llegada de la flota cerealista proveniente de África.³⁴

Sin embargo, aunque la romanización alcanzó los centros urbanos, el mundo rural permaneció prácticamente igual que antes de la misma. El lenguaje indígena pervivía del mismo modo; un labrador galo hablaba celta; uno africano, libio; y uno sirio, siríaco. Y es que, aunque la homogeneidad de la romanización alcanzaba, geográficamente, todos los puntos del imperio, no era del mismo modo en el ámbito social.

³⁴ BROWN, P. (1991). pp. 17-35. "El agua era su ferrocarril...las ciudades de costa eran el nervio del transporte"

La romanización había tenido un éxito notable sobre las élites aristocráticas urbanas, pero la polaridad social era clara. La diferencia entre *honestiores* y *humiliores* que tradicionalmente se había mantenido en Roma, como parte de la romanidad, se había extendido a todo el Imperio. Un agricultor hispano tenía más en común, culturalmente hablando, con un germano de su misma condición social, que con un aristócrata de la ciudad más cercana.

La élite, por su parte, tampoco tenía interés alguno en un acercamiento a estas masas de los estratos sociales inferiores. Es en el siglo II cuando los textos griegos clásicos comienzan a ser recopilados en un afán de la aristocracia romana por aprender de la cultura oriental. La aristocracia griega fue bien recibida en la élite romana, siendo el centro cultural del imperio desplazado a las ciudades griegas de Asia Menor. Un senador podía desplazarse desde cualquier parte del Imperio a cualquier otra, pero su griego y su cultura serían similares a las del anfitrión aristócrata que lo recibiera donde sea que fuere. Esta clase social alta alcanzó un alto grado de sofisticación que, a grandes rasgos, provocó que se cerraran en sí mismos.

Vemos pues, como la cultura romana ofrece un gran marco de tolerancia racial y religiosa, a excepción de cultos cerrados contra el cambio (como es el caso de judíos y cristianos), pero no lo hace del mismo modo en lo social. La heterogeneidad cultural era, por tanto, por una diferencia social y no geográfica.

Por una parte, la clase alta romana, la de los *honestiores*, estaba compuesta por gentes ricas, con prestigio y que formaban parte de algún *ordo*, ya fuera el ecuestre o el senatorial. La clase baja, los *humiliores*, eran gente pobre y sin poder. La riqueza, en tiempos de los romanos, se medía en base a la hacienda, que por lo general estaba en manos de los senadores, quienes en base al tamaño de su propiedad, tenían un mayor o menor prestigio.

Sin embargo, entre esta poderosa y escasa clase alta senatorial y la capa más pobre de la sociedad, hasta el siglo II, se extendía un amplio espectro de personas con una mayor o menor relevancia social. Se podría considerar a estas gentes, que no eran los grandes terratenientes ni los agricultores más dependientes, la clase media de la época. En cualquier caso, no se trataba de una clase media cristalizada como la que conocemos hoy en día, ya que se trataba de un compendio de empresarios artesanos, comerciantes y prestamistas, que podían ascender o descender socialmente en base a sus ganancias.³⁵

4.1. LA CONSTITUTIO ANTONINIANA

El Edicto de Caracalla (o en latín, *Constitutio Antoniniana*) supuso, en el 212, la igualdad teórica ante la ley de todos los que poblaban el Imperio. La ciudadanía romana, que desde la dinastía Flavia se había ofrecido como un honor a las aristocracias locales, pasó a ser algo común a todos los habitantes del Imperio.³⁶

³⁵ ALFÖLDY, G. (1987). pp. 135-138.

³⁶ Sobre los aspectos formales de la *Constitutio Antoniniana*, véase: TORRENT, A. (2012).

Caben varias interpretaciones de las intenciones de Caracalla. Mientras Rostovtzeff mantiene que la finalidad última de la concesión general de la ciudadanía era, por una parte, contentar a la gran masa poblacional de la clase baja y, por otra, establecer un límite claro, entre el emperador y el resto de ciudadanos, desmarcándose así éste del resto de gentes de la clase alta y alcanzando así una superioridad mayor sobre ellos y sobre todos los demás. Las grandes familias hasta entonces dominantes, quedan, de esta manera, limitadas por debajo del príncips.³⁷

Por otra parte, Casio Dion, gracias a quien conocemos el documento, explicaba que el fin del edicto era aumentar la recaudación impositiva, que debían pagar todos los ciudadanos romanos.

Dado que los cargos senatoriales y ecuestres solo podían ser desempeñados por ciudadanos romanos, se abrió con esto una posible carrera política a prácticamente todo el mundo. La ascensión profesional pasó a depender directamente de la proximidad que tuviera el funcionario en cuestión al emperador.

La exención fiscal pasó a ser una herramienta frecuente del emperador para premiar el buen servicio de algún miembro de la élite, permitiendo a individuos concretos desatender sus labores municipales si contribuían considerablemente a una necesidad inmediata del emperador. Las élites locales se convirtieron, así, en la nueva élite estatal, implicándose activamente en la marcha del Imperio, en detrimento de su implicación en la política local, que, como se ha dicho en el capítulo de las reformas severianas, desde Septimio Severo, eran más una imposición que un honor.

Además, cobraron gran importancia los *servi* y *liberti* imperiales, funcionarios de la casa imperial que, aunque no pertenecían a ningún *ordo*, podían llegar a acumular grandes fortunas y poder en base a su servicio al emperador.

Sin embargo, no en todas las regiones el cambio afectó de igual manera. En la Hispania meridional, las condiciones económicas, urbanas y sociales, eran similares a las de Italia, viéndose muy afectada su población urbana por la equiparación fiscal del edicto. Sin embargo, en la Hispania del noroeste, las condiciones sociales eran distintas; había poca presencia tanto de población esclava como de grandes propietarios senatoriales, por lo que la concesión general de la ciudadanía no causó tanto impacto como en el sur.

Como dijo Alföldy, “la posición de poder y la situación económica de las distintas capas privilegiadas fueron trastocadas; el claro sistema jerárquico anterior en los órdenes de los *honestiores* comenzó a debilitarse”³⁸. El orden, hasta entonces más o menos claro, de las capas de la sociedad quedó meramente reducido a ricos y pobres. Las capas bajas de la sociedad, fueran libres o no hasta entonces, fueron explotadas por igual por la clase alta. Los grupos antes mencionados, incluyendo a esa clase media fluida, quedaron divididos entre explotadores y explotados.

Al ser eliminada dicha clase media variable, de la que dependía el comercio, éste decayó, y sumado a la falta de población esclava, derivó en la explotación de los locales

³⁷ ROSTOVITZ, M. (1937). pp. 219-248.

³⁸ ALFÖLDY, G. (1987). p. 215.

para alcanzar la producción que antes provenía del transporte por parte de individuos para sacar un rendimiento económico. Se establecía así una relación servil entre el empleado y el latifundista agrario, quien vio incrementados sus beneficios al suplir la importación por la producción agraria local que él mismo suministraba.

Esto conllevó, al mismo tiempo, el aumento de la gran propiedad. El pequeño propietario, al no poder hacer frente a las demandas impositivas, era incapaz de competir con el gran latifundista, terminando el primero sometido al segundo en la mayoría de los casos. Las guerras constantes, llevaban destrucción a los campos; en el caso de un pequeño o mediano propietario de tierra (como pudiera ser un *decurión*, un miembro de la élite urbana), este no era capaz de recuperarse económicamente; sin embargo, para un gran propietario senatorial, que a menudo contaba con explotaciones en varios territorios del Imperio, no era difícil suplir las pérdidas causadas por la destrucción con las ganancias de otro territorio próspero, salvando las distancias, estaríamos ante algo así como una multipropiedad.

4.2. LOS CAMBIOS EN EL ORDEN SENATORIAL

Como explica Nikolas Hächler³⁹, en el siglo III, los senadores eran el grupo social más adinerado del Imperio. Eran, por lo general, el grupo más inmutable. Lo que más cambió respecto a épocas anteriores fue su distribución territorial, ya que el número de senadores provinciales pasó a ser mayor que el de itálicos y los africanos y orientales se constituyeron como los de mayor poder.

Además, un grupo social que había adquirido gran poder, el de los militares, no mostraba interés por ser incorporado al senatorial, ya que la carrera militar por sí sola ya suponía en el siglo III una gran posibilidad de ascenso social al margen de los órdenes tradicionales.

Como se ha dicho, el funcionariado imperial quedó formado, mayoritariamente, por gente con una formación mayor que la de los senadores, especializándose en las tareas de la nueva burocracia imperial. Los senadores quedaron, por tanto, apartados de la ejecución del poder en los órganos administrativos del imperio, conservando sus privilegios pero no sus deberes.

Esto se puede interpretar de dos maneras: o bien los senadores fueron apartados pacíficamente del ejercicio del poder por suponer una molestia de cara a la nueva política de cambios rápidos y arbitrarios; o el ordo senatorial ya no requería de ejercer el poder para ser un estamento privilegiado, dejando paso voluntariamente a los nuevos funcionarios para apartarse de una vida pública que se había convertido más en una carga que en un beneficio.

En cualquiera de los dos casos, queda claro que el orden senatorial quedó relegado de la administración en beneficio del otro orden de la clase alta, el ecuestre. De esta manera, el principal órgano de oposición al emperador, el senado, quedó en la práctica desarticulado.

³⁹ HÄCHLER, N. (2019). Obra que no he leído, pero he conocido a partir de la reseña del propio autor en inglés. Consultado en https://www.researchgate.net/scientific-contributions/2149713687_Nikolas_Haechler (14/11/2019).

El vacío de poder dejado por el senado fue sustituido por la iniciativa del ejército ya antes tratada. El último intento del senado por recuperar su posición en el poder ejecutivo fue el nombramiento como emperadores de Balbino y Pupieno para hacer frente a Maximino “el Tracio” (238), abiertamente anti senatorial, sin éxito.

Con Galieno, en el 262, los senadores ya estaban totalmente apartados del mando militar y administrativo, tan solo desempeñaban el cargo de cónsul (ahora un cargo menor), cargos civiles menores y gobiernos provinciales sin mando militar. Aurelio Víctor consideraba esto una medida anti senatorial, pero lo cierto es que no era más que la confirmación de lo que en la práctica ya tenía lugar.

4.3. LOS CAMBIOS EN EL ORDEN ECUESTRE

Como ya se ha dicho, aunque la estructura en el campo se modificó alzando a los senadores todavía más y sometiendo a la población de baja extracción social a la explotación agrícola, en el ámbito urbano la estructura social quedó todavía más transformada.

El predominio de las políticas militares sobre las civiles fomentó el ascenso meteórico de soldados de baja y media graduación al orden ecuestre. Ellos fueron los que comenzaron a conformar la élite de las ciudades, ya desde mediados del siglo II, y sobre ellos recaía el sustento de las ciudades. El decurionado (el órgano formado por la élite urbana) se llenó, por tanto, de militares que poco interés tenían en el patrocinio, por prestigio, de los gastos de la ciudad, a diferencia de los decuriones civiles que habían gobernado las ciudades los siglos anteriores y cuyas carreras políticas dependían de la visibilidad que tuviera su altruismo de cara a la población local.

Esto último, sumado a los ataques constantes a sus propiedades agrarias y la exigencia de cada vez más pagos al Estado desde la dinastía de los Severos, provocó un debilitamiento del decurionado. Mientras el senador era capaz de hacer frente a las dificultades económicas gracias a sus latifundios agrícolas, el decurión, a menudo un mediano propietario, que en muchos casos, incluso cultivaba sus propias tierras, no era capaz. Por tanto, en los campos de la élite urbana no había ya una productividad adecuada, lo que no hacía sino acusar la difícil situación y provocar la partida al campo de aquellos que necesitaran un sustento del que ya no disponían en la ciudad, exprimida sistemáticamente por los impuestos imperiales.

Del mismo modo que lo civil se llenó de ecuestres militares, el ejército se vació de senadores. Los hombres de valía para las pretensiones imperiales, eran ascendidos constantemente para ocupar cargos de responsabilidad. El problema de esto era su formación unidireccional, centrada en lo militar, por lo que el ascenso de los profesionales en base, únicamente, a este parámetro, fomentaba recíprocamente una actividad más militarista del Imperio.

En cualquier caso, no solo el ejército se llenó de ecuestres, del mismo modo la administración excluyó progresivamente a los senadores de sus cargos, que fueron ocupados por caballeros más especializados en sus funciones. Podríamos decir, que el tradicional prestigio de los senadores como parámetro para nombrar cargos, fue

sustituido por la virtud de individuos que bien podían ser hasta el mismo momento de su ascenso desconocidos en las altas esferas de la sociedad romana.

El orden ecuestre, por tanto, tanto en el ámbito urbano, como en el administrativo, como en el militar, pasó a ser, como describió G. Alföldy, “el sostén más firme del Estado”⁴⁰. Entre los caballeros y el emperador se producía una relación simbiótica, los primeros veían alcanzadas sus ambiciones, mientras el segundo contaba con un cuerpo de leales y talentosos hombres a su servicio.⁴¹

Mientras Septimio Severo dio a los caballeros cargos de importancia, Galieno hizo formal su predominancia en la reforma que realizó. Puesto que estos caballeros provenían de provincias de frontera en guerra, el número de caballeros provinciales, del mismo modo que ocurrió con los senadores, se vio aumentado. Dado el ascenso de soldados de frontera de bajo escalafón social, cabría esperar cierta barbarización del *ordo equestre*, nada más lejos de la realidad. Aunque se produjo una reestratificación social, las nuevas incorporaciones al orden se sentían honradas por su ascenso social y se esforzaban, por tanto, por ser instruidas al más puro estilo romano.

Estos nuevos caballeros solían gozar de una buena situación económica e invertían en el prestigio y poder que suponía el adquirir bienes raíces. Su sentimiento de clase estaba claro, se sentían parte de la élite social, aunque siempre por detrás de los senadores. Mientras éstos se hacían nombrar como *clarissimi*, los caballeros, aunque un escalón por debajo, se hacían nombrar, del mismo modo, *eminentissimi* o *perfectissimi*, denominaciones propias de su alta posición.

Sin embargo, dentro del propio orden ecuestre, también aumentaron las diferencias sociales entre los caballeros implicados política y militarmente y los que no. Se da por tanto una bipartición social dentro del orden de los caballeros, siendo los propietarios locales que habitan los municipios, los decuriones o aspirantes a serlo, quienes suponían el soporte económico del imperio durante la crisis pagando los *munera*; mientras otro grupo más reducido de caballeros de relevancia a nivel estatal era el auténtico grupo dirigente del Imperio.

Ser decurión dejó de ser un cargo voluntario, se obligaba a los más ricos de la ciudad a mantener con sus recursos las calles, baños, juegos y suministro de las ciudades. Esto supuso, por supuesto, el fin de la iniciativa particular, como ya se ha mencionado antes. Fue la capa social más perjudicada por la crisis social en los ambientes urbanos, llevando a la ruina a muchas ciudades, que fueron literalmente abandonadas por la imposibilidad que suponía su sustento a cargo de los decuriones.

Estos decuriones, durante la crisis, si tenían posibilidad de hacerlo, se acababan retirando a sus propiedades campestres, del mismo modo que habían hecho los senadores a sus latifundios. En caso de no hacerlo y no tener el poder suficiente para sostener el municipio, acababan cayendo en desgracia como todos los demás.

⁴⁰ ALFÖLDY, G. (1987). p. 223.

⁴¹ EICH, P. (2005). Obra que no he leído, pero he conocido a partir de la reseña de Peter Fibiger, de la University of Copenhagen. Consultado en https://www.researchgate.net/scientific-contributions/2047595309_Peter_Fibiger_Bang (14/11/2019).

4.4. LOS CAMBIOS EN LOS ESTRATOS INTERMEDIOS

Los libertos ricos, en los últimos siglos habían supuesto un grupo social al que tener en consideración. Llegaban a amasar grandes fortunas como atestiguan los altares que dedicaban algunos a sus ciudades de residencia. Sin embargo, durante el siglo III se quedaron sin la libertad financiera de la que hasta entonces habían dispuesto. Es más, los libertos imperiales, en caso de que su emperador fuera derrocado, eran asesinados junto a él como parte de su cuerpo burocrático.

Cómo ya se ha comentado, de esa clase media variable, los comerciantes fueron también destronados de su posición social con el control del suministro por parte del Estado. Sin embargo, los soldados vieron como conjunto una ascensión social sin precedentes

Aunque los soldados como individuos no suponían antes de presión social, el ejército en su conjunto, como se ha demostrado en el capítulo de las reformas, sí lo era. Esto fomentaba un sentimiento de unidad entre la tropa, que a través del alzamiento y retirada de emperadores logró derechos y privilegios con los que hasta entonces no contaban. Una muestra de esto, es el hecho de que a partir del reinado de Septimio Severo se les permitió casarse y, una vez licenciados, componían la capa alta de los asentamientos cercanos.

Además gozaban de privilegios financieros, retiros de miles de denarios, grandes sueldos y donativos con cada cambio en el poder para ganar su lealtad. Estaban, por tanto, en una mejor condición financiera que los decuriones en muchos casos. No a la ligera, Septimio Severo les dijo a sus hijos: “Seguid unidos, enriqueced a los soldados y preocupaos poco de todo lo demás”.⁴²

4.5. LOS CAMBIOS EN LOS ESTRATOS INFERIORES

Con la *Constitutio Antoniniana*, la línea entre los libres y los que no lo eran quedó desdibujada. El estatuto de derecho ya no suponía una garantía de libertad para las masas trabajadoras. Es más, mientras a un esclavo hay que mantenerlo, el sustento de un trabajador no es problema del empleador, aunque en muchos casos este trabajo asalariado se convirtiera en poco más que un trabajo forzoso debido a las deudas.

Aunque la condición del grueso de la población, la masa trabajadora, fuera desigual entre el campo y la ciudad, siendo en el segundo caso algo más asfixiante, todos tenían algo en común que los convertía en un estrato uniforme, la explotación por parte de las élites, ya fueran las urbanas o las agrarias. La dura presión impositiva sobre los empleadores se traducían en una mayor explotación de los empleados, que si se negaban a realizar su trabajo o se quejaban, eran reprimidos de distintas formas, incluyendo el castigo físico. La diferencia entre un trabajador y un esclavo era, por tanto, muy difusa.

Los artesanos y mercaderes locales, por otra parte, se asociaban en *collegia*, lo equivalente a un gremio profesional. Estaban obligados, desde el reinado de Septimio

⁴² ALFÖLDY, G. (1987). p. 230.

Severo, al pago de los *munera*, como si de decuriones se tratara. Las normas imperiales sobre estas clases bajas, acabaron creando una sensación de uniformidad entre las masas trabajadoras y los *collegia*, que se encontraban del mismo modo explotados por las exigencias impositivas, directa o indirectamente. Esto llevó a una evolución uniforme de los estratos más bajos hacia una condición, ya no de *humiliores*, si no de clase pobre y subsistente.

4.6. EL CRISTIANISMO COMO AGENTE TRANSFORMADOR

Sería imposible hablar de la transformación social del siglo III sin mencionar el Cristianismo. Y es que este culto misterioso se extendió como la pólvora en el ideario de la población del Imperio cuando éste estuvo más al borde del colapso en todos los ámbitos.

Como se ha visto en los apartados anteriores del capítulo, el orden tradicional de la sociedad romana fue totalmente cambiado, por tanto, el sistema tradicional de dominación desapareció con los fundamentos tradicionales que lo sustentaban. Se produjo, de esta manera, un vacío moral e ideológico en la mentalidad romana, que religiones de masas, como la cristiana, hasta entonces en conflicto con los principios de la tradición, ahora debilitada, aprovecharon para convertir a gran parte de la población.

El punto de partida fue una religión tradicional beneficiada por el estado que mantenía a cultos opuestos a la adaptación de sus creencias a un modelo común, como el cristiano, apartados socialmente.

Aunque la romanización había alcanzado todos los puntos del Imperio, como anteriormente se ha mencionado, cada población continuaba manteniendo sus peculiaridades propias. Un marco jurídico uniforme era ansiado por sectores como el de los comerciantes de larga distancia, que fueron los primeros en ser convertidos al cristianismo en el occidente imperial.

En un mundo considerado un mosaico de culturas locales, la garantía de encontrar un refugio familiar con los hermanos cristianos de cualquier punto del Imperio, no era un aspecto para tomar a la ligera en el caso de alguien que necesitaba un hogar en diversos lugares. Y es que, el cristianismo era una religión que facilitaba la creación de una comunidad solidaria y efectiva en cuanto a cooperación entre sus propios devotos se refiere, aunque fuera excluyente con el resto.

El cristianismo se extendió, por tanto, durante el siglo II, entre las clases medias acomodadas de las ciudades, no entre los humildes, dando un ambiente cosmopolita a las ciudades en las que había una comunidad de cristianos. Estos grupos que cada vez tenían menos claras sus separaciones sociales en el orden tradicional, encontraban en el cristianismo un igualador social; decurión, comerciante o liberto, todos eran cristianos.⁴³

Como se ha comentado, los senadores se cerraron en torno a los principios de la filosofía griega, reservando sus conocimientos como un conocimiento de prestigio para sí, excluyendo de esta manera a los que no disfrutaran del conocimiento de tales

⁴³ BROWN, P. (1991). pp. 61-89.

enseñanzas.

El retroceso filosófico en el grueso de la sociedad, no hizo sino facilitar la labor del cristianismo. Aunque con una base filosófica más simple que la griega tradicional, la de las revelaciones divinas, convirtió a la mayoría de la población progresivamente por la falta de competencia y el mensaje igualitario que transmitía.

La clase urbana semieducada y letrada recibió sin problemas las nuevas máximas del cristianismo, dando la espalda al culto tradicional, que se había convertido en algo reservado a los senadores. La cristiandad se había convertido en una fuerza social a tener en cuenta, y estas élites urbanas se unieron a la nueva religión.

La organización municipal, que a mediados del siglo III colapsó en muchos casos, fue suplida por la organización cristiana, que no hizo más que aprovechar la ineptitud en el ámbito civil por parte del Estado para establecerse como el nuevo orden municipal, del mismo modo que ya había hecho ante el colapso del orden social.

La comunidad cristiana a la cabeza del poder municipal, fomentaba la solidaridad entre los cristianos y la complicidad entre ciudades con presencia episcopal. Estamos ante un nuevo sistema de igualitarismo social basado en el culto común cristiano, que había pasado de excluido a excluyente. El sentimiento de grupo religioso adquirió mayor importancia que el de grupo social. Los que aún no se habían convertido, lo fueron haciendo progresivamente para no formar parte del grupo excluido.

Además, en el ámbito económico, las comunidades cristianas garantizaban la supervivencia financiera de sus integrantes; salvando las distancias, sería comparable a un seguro social actual. El poder de los obispos en las ciudades se equiparaba, como líderes de las comunidades cristianas, al de cualquier poder municipal.

Para el año 250, las ceremonias religiosas tradicionales ya no se realizaban con regularidad en las ciudades. La élite había perdido el interés por patrocinarlas y la población general ya no se sentía vinculada al culto tradicional, por lo que estas prácticas tan comunes en siglos anteriores, a mediados del siglo III eran de poco interés para todos y, en el siglo IV, cosa del pasado.

La reacción de la élite tradicional fue el desentendimiento de la situación, retirándose a sus villas, dejando las ciudades completamente en manos de las sedes episcopales, que estaban más organizadas que el propio Imperio y ya controlaban los organismos municipales y socorrieron a los estratos más perjudicados de la sociedad, integrándolos en las comunidades cristianas. Y es que la Iglesia tenía un fuerte componente de captación de masas, como demuestra la frase de Tertuliano: "*Humiles sublimitate, sublimes humilitate mutantur*".⁴⁴ La limosna, reinvertida en captar devotos entre los más necesitados, sustituyó a los suministros que antes aseguraba el Estado, siendo un seguro sacro contra las dificultades del momento y permitiendo la supervivencia de todos los integrantes de la cristiandad.

Mientras los emperadores enfrentaban al enemigo exterior en las fronteras, las

⁴⁴ TERTULIANO, XX. Cf. ALFÖLDY, G. (1987). p. 214.

comunidades cristianas se establecieron con firmeza y éxito en las ciudades, conformando la defensa contra los problemas internos para todos aquellos que se unieran a ellas.

4.7. CONCLUSIÓN

El orden social sobre el que tradicionalmente se había mantenido el Imperio Romano, quedó desintegrado. Los más ricos, los senadores, no ejercían el poder, por lo que la herencia noble de un individuo ya no definía, necesariamente, su posición en la pirámide del poder. Por otra parte, los grandes caballeros, aunque no tan ricos como los senadores, eran el grupo dominante junto al emperador. Los caballeros de menor rango, aunque con una riqueza y prestigio considerables a nivel local, no eran más que un grupo exprimido mediante impuestos y obligado a desempeñar las funciones municipales. Por último, los soldados, en alianza con los grandes caballeros y el emperador, sin prestigio ni riqueza, gozaban de una mayor comodidad que la mayoría de los decuriones.

Por tanto, aunque no había una clase alta homogénea, cuyo único factor común era, por lo general, la posesión de tierras, sí había una clase baja compuesta por asalariados. Esta diferenciación social tan acusada entre los distintos grupos sociales produjo el surgimiento de tensiones sociales, traducidas en enfrentamientos, en ocasiones armados.

La alianza que sustentaba el poder era entre el ejército, el emperador y los grandes caballeros. Todos los demás eran oponentes, por un motivo u otro, de este grupo dominante y su brazo armado. Esto dio lugar a conflictos periódicos.

El senado, excluido del poder que antes ostentaba, organizaba conspiraciones para acabar con los emperadores, que ya no requerían ganarse su favor. El problema era que se decantaban por el oponente más débil del emperador, con el fin de que fuera más controlable por ellos si la conspiración triunfaba, derivando en el fracaso de las conspiraciones. Esto se aprecia, por ejemplo, en el caso de Balbino y Pupieno.

En el caso de los decuriones, la vía habitual para derrocar al emperador era la alianza con las clases bajas para nombrar un nuevo emperador con base social con la que enfrentar al existente.

Las clases bajas, por lo general, no protagonizaban intentos de cambio en el poder. Más bien organizaba revueltas esporádicas como reacción a situaciones en las que la subsistencia se complicaba. Estas revueltas eran aplastadas por el ejército sin suponer un problema real para la clase dirigente y la tropa mostraba una hostilidad manifiesta contra la plebe. Otra respuesta propia de la clase baja, al margen de las revueltas contra el poder, era la huida de sus lugares de explotación y la formación de bandas armadas de salteadores, cuya eliminación corría a cargo de los municipios cercanos.

Todas estas formas de oposición al poder actuaban, la mayoría de las veces, por separado, lo que sumado a la fuerza militar del cuerpo dirigente, imposibilitó su triunfo contra los emperadores. Un ejemplo esclarecedor de este hecho, es que Maximino,

enfrentando tres revueltas simultáneas, no fue derrocado por ninguna de ellas, sino por la tropa que él mismo comandaba.

Los enfrentamientos al poder, no hicieron sino acelerar el cambio. Los militares se mostraron como garantes del poder, así como los únicos capaces de aclamar emperadores o acabar con ellos. El gobierno del Imperio ya no era posible sin su apoyo.

La nueva pirámide social hacía más fácil el descenso social de los, hasta entonces, acomodados, mientras dificultaba el ascenso de los humildes, polarizándose con el ejército, y no la tradición, como sustento del orden.

El emperador era el protagonista de un nuevo estado despótico, con denominaciones como *dominus*. Era la máxima autoridad indiscutible, al mismo tiempo que era un instrumento de su propio aparato de poder, siendo, a menudo, víctima de él.

Con el orden social tradicional, se esfumó, del mismo modo, el sistema de valores tradicional, llenando el vacío, cultos diversos en función de los intereses de los colectivos. Los senadores se refugiaron, como élite cultural, en la ética neoplatónica; los soldados, en el culto a Mitra (el Sol Invicto); y el grueso de la población, se amparó en el cristianismo. La reacción a esto, un intento del poder por acabar con el cristianismo mediante persecuciones, lo que unido a la creencia de una vida mejor en el más allá, no hizo sino fomentar la captación de fieles y el reforzamiento de su fe.

Podemos concluir con que, el Imperio, en un intento de restaurar el orden tradicional por la fuerza, terminó destruyendo lo poco que quedaba de él. Los Severos, en un intento por solucionar la difícil situación de su tiempo, no hicieron sino sentar las bases para la transformación posterior. La sociedad de finales del siglo III no era la misma que la de finales del siglo II, y los principios, conceptos, y órdenes tradicionales ya no significaban nada para la mayoría.

5. LA ECONOMÍA: HISPANIA Y SUS CIUDADES

Para comprender la economía de una provincia del Imperio, se debe conocer primero cómo funcionaba el sistema económico en su conjunto. La economía del Imperio Romano, avanzada respecto a otras civilizaciones o no, no dejaba de ser una economía de la Antigüedad, y como tal, dependía de dos pilares básicos. La agricultura era el mayor sector productivo, la riqueza de los grandes personajes de cada época del Imperio, así como su prestigio, se medía en base a sus propiedades hacendadas. La producción y suministro agrícola suponía, se tratara de un cultivo u otro, la actividad más rentable del Imperio, manteniendo su importancia por difíciles que fueran los tiempos que corrieran.

El otro pilar básico de la economía romana era la moneda basada en el valor de los metales que la componían. Aunque se llegó a desarrollar un complejo sistema de deuda y de aval por parte del Estado sobre el valor de la moneda que se acuñaba, jamás se llegó a dar el salto a la economía basada en la deuda, por lo que fueron incapaces de dejar atrás el valor metálico real de las monedas.

Estamos, por tanto, ante un sistema económico, en el que para aumentar la

cantidad de dinero en curso, se debían extraer los metales preciosos necesarios para la acuñación, la plata y el oro. En caso de que la cantidad extraída de estos metales disminuyera, se seguía acuñando moneda con un menor valor real, pero el estado aseguraba el valor supuesto de la moneda. Oficialmente, 25 denarios equivalían a 7 áureos, aunque materialmente la correspondencia no era esa. Llegado un punto de gran devaluación del compuesto en metal, el Estado, dejaba de asegurar la deuda que suponía la diferencia entre el valor real y el supuesto. De la noche al día, las monedas afectadas pasaban a valer menos, produciéndose un aumento considerable en los precios y la consecuente crisis monetaria.

Por lo general, la devaluación no afectaba en demasía a la moneda de oro o a la de cobre. La más afectada por las devaluaciones solía ser la moneda de plata, la destinada al comercio y los sueldos de los soldados. Esto queda claro en la primera crisis monetaria del Imperio, bajo el reinado de Nerón, que se vincula parcialmente al agotamiento de varias minas de plata.

A finales del siglo II y comienzos del siglo III, tiene lugar el colapso administrativo por la suma de la tensión bélica continua y una economía conservadora como era la romana. Los conflictos permanentes, como ya se ha comentado, resultaron en una centralización de la administración y la extensión del cuerpo burocrático, lo que conllevaba mayores costes económicos. Para asegurar la economía de guerra, se aseguró el control de la economía por parte del Estado, que llevó a cabo un control más acusado sobre el comercio. Para asegurar el suministro constante al *limes*, los comerciantes que hasta entonces habían actuado libremente dentro de los límites de la legalidad, quedaron subordinados a los intereses de la guerra; el transporte de mercancías de un extremo a otro del Imperio ya no era motivado por el beneficio económico, sino por las necesidades del Estado.

5.1. MONEDA Y PRESTIGIO

La economía romana, aunque basada en la moneda, se trataba de una economía de mercado. Las mercancías se intercambiaban por moneda que podía volver a ser intercambiada por mercancía, la base de cualquier transacción comercial más allá del trueque. La peculiaridad de la economía romana reside en que, tradicionalmente, se puede decir que contaba con dos sistemas de transacción simultáneos, una economía de mercado y al mismo tiempo una economía de prestigio.⁴⁵ Ambas tenían un elemento común, la deuda como motor; en el primer caso, cobrada en moneda y, en el segundo, cobrada en forma de reconocimiento público.

La competencia por el reconocimiento público entre las élites locales era la que fomentaba la inversión en los municipios y la que creaba la deuda. Se trataba de un sistema que producía un agotamiento económico importante, ya que, cuanto más alto pretendiera ascender el inversor, mayor era la inversión que debía realizar, una operación de inversión en escalada. Era, a efectos prácticos, el pago de un tributo, una contribución a la causa común, el municipio, y quien más contribuía, más importante era. El problema de este sistema de inversión por prestigio a nivel local, es que se puede

⁴⁵ CHIC GARCÍA, G. (2017). pp. 119-123. Del libro *Oppida Labentia*. “Aspectos fiscales y de tributación a partir de Marco Aurelio: Indicios del cambio”

realizar si se cuenta con una cierta holgura económica. En el momento que estas élites comenzaron a verse asfixiadas por las finanzas, rara vez preferían invertir su dinero en el rédito en forma de prestigio que en el monetario. Son, por tanto, fáciles de apreciar los momentos de retroceso en la economía de prestigio, ya que los característicos pedestales del foro romano, que anuncian la contribución de los personajes para el municipio, dejan de mostrarse total o parcialmente.

En el siglo III, como se ha dicho, los cargos municipales pasaron de honor a obligación. Además, la fama local ya no era un paso al éxito político, la vía para lograrlo era el servicio al emperador, por lo que los intereses de las élites municipales ya no se encontraban en servir al municipio, sino al Estado. Por si fuera poco, a partir del reinado de Marco Aurelio, era posible librarse de los servicios al municipio de manera permanente con una contribución a la *annona*, opción que realizaban los más ricos de las ciudades. La economía de prestigio desapareció prácticamente con la centralización.

La moneda, que hasta este momento había sido el medio para lograr un fin, se convirtió en el fin en sí mismo. El prestigio local ya no tenía utilidad comparado con el poder que otorgaba una gran fortuna. Los grandes inversores, que hasta entonces estaban interesados en ser conocidos por el público, ya no tenían interés en tal cosa. La economía de mercado se volvió impersonal.

La economía y sus movilizadores, siempre habían actuado localmente, retribuyendo en el Imperio en su conjunto. En el siglo III, es el Estado en su conjunto es sobre lo que se organiza la economía, afectando localmente, y no al contrario. Es un nuevo sistema beneficioso para el Estado pero perjudicial para los municipios.

El comercio interior queda muy debilitado. El comercio de cara al exterior sigue vivo, los productos obtenidos en las lejanías más allá del Imperio, que siempre había estado basado en los escasos productos de lujo, no sufrió una bajada en la demanda y el Estado no tenía motivos para retener parte del producto vendido, ya que no cumplía una función sobre el suministro a las ciudades o al ejército.

Y la pregunta es, ¿Qué ocurrió con los comerciantes vinculados al comercio interior? El Estado fue ejerciendo cada vez mayor control sobre ellos, acabando asimilándolos como funcionarios dentro de la propia estructura. El comercio ya no era una actividad de individuos libres, sino de burócratas.

Los precios regionales de los productos comenzaron a ser establecidos por el Estado, y sus agentes compraban lo necesario al precio estipulado en las provincias productoras y lo transportaban a las zonas en las que se requiriera tal producto. A la muerte de Caracalla, se formó el *fisci rationis patrimoni provinciae*, organismo encargado de tal menester.

El intervencionismo no fue una medida intencionada, ya que durante el reinado de Septimio Severo se dan signos de intentar volver al comercio libre, pero el abastecimiento urgía.

Las grandes fortunas del Imperio, las de los senadores, no se invertían en los territorios, no eran fortunas especuladoras ni beneficiaban al Imperio, tan solo a sus

propietarios, aunque si es cierto que invirtieron en barcos al servicio del Estado para facilitar el transporte marítimo, a cambio de grandes beneficios fiscales. Sin embargo, la inversión no cesó. El Estado se erigió como el gran inversor del momento. El tesoro era la gran empresa del Imperio, con la facilidad añadida de contar con la omnipotencia judicial que suponía el recurso de la confiscación -como escribe Modestino-, práctica que se aplicaba sin contemplaciones contra los enemigos y obstáculos internos del Estado.⁴⁶ Esta actitud recaudadora e inversora al mismo tiempo, provocó, cada vez más, la fusión entre la fiscalidad del Estado y la de la casa imperial.

5.2. HISPANIA: UNA FÁBRICA DE ACEITE, VINO Y METAL

La Península Ibérica era una de las zonas más romanizadas del occidente imperial. La población se distribuía en torno al mediterráneo y los principales ríos. Obviamente el Ebro, el Guadalquivir y la costa Mediterránea, en especial el entorno del Estrecho de Gibraltar, suponían un gran medio para la conexión entre ciudades, por lo que la cantidad de municipios presentes en estas zonas era notable (se recomienda consultar la imagen 3 del anexo). Aunque no hay un registro poblacional, en base al despoblamiento se calcula que Hispania contaba con, entre 5 y 6 millones de habitantes.

5.2.1. El vino y el aceite⁴⁷

Hispania es el ejemplo claro de cómo el interés estatal se impuso progresivamente sobre el local. Tradicionalmente, el vino había sido el producto más característico de la exportación hispánica. Había un transporte regular desde la costa de la Bética-principalmente- y la Tarraconense a la Narbonense e Italia. Así como desde el puerto de Gades a la zona de la actual Galicia y, de ahí al Cantábrico, la Galia y Britania.

Sin embargo, al no ser el vino un recurso vital para el suministro, durante el siglo II y, sobre todo, durante el siglo III, fue sustituido por el aceite progresivamente. El vino era un producto rentable con el que comerciar, mientras que el aceite era un mero producto de subsistencia. Además, sobra decir que el Estado era peor comprador que cualquier comerciante libre, disminuyendo, en definitiva, las ganancias por exportaciones en toda Hispania (se recomienda consultar la imagen 4 del anexo).

Por si fuera poco, desde que Trajano realizó sus campañas en Oriente, el comercio oriental se había impuesto sobre el occidental, perdiendo Hispania su puesto como foco económico. Los ingresos venían del oro y el comercio, predominantes en el este del Imperio, mientras que la producción agrícola era la actividad predominante en Hispania, al menos desde que se incorporó Oriente.

Además, la política imperial primaba unas provincias sobre otras en base a los intereses del Imperio. En cuanto a exportación de aceite se refiere, África fue impulsada

⁴⁶ VEYNE, P. Cf. CHIC GARCÍA, G. (2017). p. 133. “La hacienda pública era una gigantesca empresa agrícola e industrial, la mayor del Imperio, que basaba su omnipotencia económica en el despotismo político y judicial”

⁴⁷ REMESAL, J. (1983). pp. 115-132.

en detrimento de la Bética, pasando Hispania a segundo plano como provincia productora dentro de Occidente.

Dado que el comercio hacia el exterior de la provincia ya no era rentable, la productividad hispana se redujo a suministrar a las poblaciones locales y garantizar el producto necesario para el consumo. En la mayoría de los municipios no había un mercado fijo en el que se comerciara, más bien ferias en las que periódicamente se vendía la cosecha y sus derivados. El único comercio rentable, como ya se ha dicho, era el de larga distancia, ya que el Estado y las ferias garantizaban el alimento. La inmensa mayoría de la población, que ni si quiera dependía de estas ferias, vivía de lo que producían día a día en las explotaciones agrícolas, siendo la transacción comercial más usual el trueque.

La pregunta obvia es, ¿Por qué los senadores, con sus grandes latifundios, no especulaban con el excedente productivo, por bajo que fuera el precio de salida al mercado? Marco Aurelio ya suprimió tal posibilidad, prohibiendo lucrarse mediante el comercio a los senadores, así como el comercio con trigo y aceite a todo el pueblo romano, reservando esta actividad para el Estado.

5.2.2. El metal⁴⁸

Hispania había sido, desde su romanización, un punto importante de extracción de metales preciosos. En el norte peninsular, en la zona de la actual Castilla y León, las minas de oro eran la motivación suficiente para fundar poblaciones tan alejadas de los grandes ríos de la Península. En el sur, la plata de la Bética fue, con Tiberio y Augusto, con la que se acuñaban los denarios, transformando el territorio.

Nerón cambió el foco de la extracción de plata a Oriente. Sin embargo, en los suelos de la Bética también había cobre, que aunque no tan rentable como la plata, por si sólo era motivo para mantener las industrias mineras del *fiscus* imperial activas en la provincia.

En el siglo III, sin embargo, la productividad era tan baja que no era rentable mantener las explotaciones mineras peninsulares. Todas las minas, que desde tiempos de Tiberio, eran competencia directa de la casa imperial, ante la deficiente administración de Marco Aurelio y Cómodo fueron abandonadas.

El negocio tan rentable del que disponía la Bética, la extracción minera, se había acabado, tan solo manteniendo la extracción de plata en las minas más ricas (se recomienda consultar la imagen 5 del anexo), dando lugar a la especialización en el aceite ya mencionada.

6. LOS MUNICIPIOS HISPANOS

Se podría decir que Hispania se anticipó al resto del Imperio. Desde los tiempos de Adriano, sus municipios ya comenzaban a mostrar los mismos síntomas que

⁴⁸ MANGAS, J. (1999).

mostrarían medio siglo más tarde el resto de municipios del occidente romano (se recomienda observar de nuevo la imagen 2 del anexo). En tiempos de los cambios sociales y militares que ya se han comentado, los municipios hispanos ya llevaban años en declive, y el retroceso económico sobre la economía de prestigio de las ciudades ya era efectivo.

En cualquier caso, cada caso municipal es particular, ya que no tenían ni el mismo estatus jurídico ni la misma relevancia a nivel local.

En la provincia Tarraconense, Cartago Nova y Tarraco ocupaban un papel importante en la administración provincial, del mismo modo que Emporion era un centro económico de gran relevancia en el comercio marítimo con la Narbonense. Las dos primeras continuaron su actividad hasta ya pasado el siglo III, mientras que Emporion quedó arrasada por las invasiones, aunque ya se encontraba en declive desde el siglo II por el descenso en el comercio portuario, del que dependía.

Caesaraugusta sería la excepción a la norma, ya que queda alejada de cualquier otro núcleo poblacional importante que sobreviviera al abandono generalizado de las ciudades, no tiene acceso al mar y no era capital provincial, aunque era un enclave básico desde el que acceder al norte peninsular.

Tarraco, aunque si mantuvo su actividad hasta las invasiones, no puede contarse como un ejemplo generalizador, ya que se trata de la capital provincial. Aunque la actividad cívica disminuyó, del mismo modo que la epigrafía, nunca llegó a desaparecer.

En el caso de Cartago Nova, los edificios públicos principales fueron abandonados entre el siglo II y el III, pero sigue habiendo signos de actividad pasado el siglo III, por lo que tampoco fue abandonada.

Para Astúrica Augusta, que estaba situada en la actual León, el descenso de la actividad minera basada en el oro, que se ha comentado previamente, supuso el declive de la ciudad. La construcción y el mantenimiento de las obras públicas se paralizaron. Sin embargo, se han encontrado dedicatorias a emperadores como Probo a cargo de las autoridades provinciales. Por tanto, aunque los decuriones ya no mostraban interés en la promoción local, la administración provincial, en la segunda mitad del siglo III, todavía mantenía el interés en la ciudad.

En Segobriga, la construcción del circo se paralizó a mediados del siglo II. En Valeria (actual Cuenca), se ha encontrado una estatua de Diocleciano, por lo que el abandono de la ciudad se produjo después del siglo III.

En la ciudad romana de Los Bañales, ubicada en la vía que discurría entre Pompaelo y Caesaraugusta, se produjo en el siglo III el abandono de la parte monumental de la ciudad, replegándose la población al Pueyo en el siglo IV.

Complutum presenta un caso singular, ya que a finales del siglo III desarrolló un programa de reforma del foro, aunque cesó en su actividad en todo lo demás.⁴⁹

⁴⁹ MATA SOLER, J. (2017). pp. 37-53. Los datos específicos sobre los hallazgos arqueológicos

6.1. ¿POR QUÉ CADA CIUDAD RESPONDE DE DISTINTA MANERA A LA CRISIS?

Desde el reinado de Vespasiano, todas las ciudades de Hispania contaban con el derecho latino, por lo que la diferencia de estatus jurídico no puede considerarse una causa para apreciar un estilo de abandono tan diferente en cada ciudad.

Sin embargo, un siglo después de la fundación de estos municipios en época Flavia, muchos de ellos ya no presentaban una gran actividad o, incluso, estaban abandonados.

Alberto Balil, ya en 1972, llegó a la conclusión de que el fenómeno del despoblamiento no respondía a un patrón común, aunque se deba estudiar dentro del contexto económico del imperio. Cada ciudad presenta un abandono diferente porque cada ciudad fue abandonada por un motivo diferente, aunque dentro del mismo contexto de cambio generalizado a nivel imperial.⁵⁰

En el caso de Labitolosa (próxima a Osca e Ilerda), las termas, de gran envergadura y con varias salas de una dimensión considerable (se recomienda consultar imagen 6 del anexo), así como los pedestales de *Marco Clodio Flaco* de la curia, ejemplo evidente de la importancia de los militares en el gobierno municipal (se recomienda consultar imagen 7 del anexo), muestran que la ciudad tuvo una actividad notable, como mínimo, hasta el reinado de Adriano, pero a finales del siglo II fue abandonada. El motivo fue lo inadecuado de su emplazamiento, por lo que cuando la ciudad dejó de ser útil, sus gentes sencillamente se fueron.

Por otra parte, las ciudades próximas a Barcino quedaron colapsadas por la competencia de esta, mudándose sus habitantes al campo o a la ciudad predominante.

En el noroeste peninsular, las condiciones en el campo eran mejores que en la ciudad, por lo que las ciudades fueron progresivamente abandonadas y su población se desplazó al campo, a excepción de algunas como Asturica Augusta, como ya se ha comentado.

En definitiva, cada ciudad, aunque parte de la provincia y del Imperio, es única, y por tanto su modelo de abandono o pervivencia también lo fue.

7. CONCLUSIONES

Lo que tradicionalmente ha sido llamado “la crisis del siglo III”, por una parte, no se limita únicamente al siglo III, ya que los mismos síntomas apreciados durante este siglo, ya podían apreciarse un siglo antes.

Por otra parte, en algunos aspectos, como la carestía en las ciudades, es

concretos que demuestran las conclusiones sobre el abandono de todas estas ciudades se encuentran en el artículo *Oppida Labentia. ¿Existe un modelo de la crisis urbana a partir de finales del Alto Imperio?: la provincia Citerior.*

⁵⁰ BALIL, A. (1972). p. 12.

inegable que se trata de una crisis, ya que se produce el colapso total del entramado civil que hasta entonces había regido los espacios urbanos. Lo que para unas zonas, como occidente, pudo suponer una crisis, para el oriente imperial supuso una mejoría, por lo menos en lo económico, ya que bien se ha apreciado que los campos de producción más importantes fueron desplazándose hacia el este.

En el ámbito político, más que de una crisis, se trata de una transformación, adaptando unas instituciones de gobierno que estaba caduco a los nuevos tiempos de guerra en los que se encontraba el Imperio, lo que indudablemente funcionó, pues el Imperio Romano sobrevivió transformado otros dos siglos más. En definitiva, el Imperio de finales del siglo III no era el mismo que se podía apreciar a finales del siglo anterior y catalogar como crisis, o no, los cambios que se dieron en todos los ámbitos, depende de la perspectiva con la que se mire.

Lo que está claro, es que cada lugar y aspecto del Imperio presentó una evolución distinta, y cada una de estas evoluciones influyó en todas las demás, haciendo imposible la vuelta a lo que anteriormente eran.

En el caso de Hispania, se produjo una evolución temprana respecto a la mayoría de las provincias del Imperio. Siguiendo la estela de la Galia, sufrió las invasiones bárbaras del mismo modo. En muchas de las ciudades en las que se aprecia un declive en lo civil, se aprecia ya desde tiempos de Adriano. Por otra parte, a mediados del siglo III había ciudades que ya mostraban cierta superación de la crisis económica. La producción fue modificada de tal manera, que el aceite se convirtió en el producto por antonomasia exportado al resto del Imperio, pero, en cualquier caso, Hispania se consolidó como el segundo exportador de este producto, siendo África la principal provincia productora de aceite de Occidente.

La única manera de comprender el siglo III, es un estudio en su conjunto de todos los datos que se puedan obtener sobre la fecha respecto a todos los yacimientos posibles, ya sea mediante la epigrafía, los textos clásicos, la numismática o la arqueología.

BIBLIOGRAFÍA

Libros

- Alföldy, G. (1987). *Historia social de Roma*. Madrid: Alianza
- Ando, C. (2012). *Imperial Rome AD 193 to 284: the critical century*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Andreu, J. (edt.) (2017). *Oppida Labentia: Transformaciones, cambios y alteración en las ciudades hispanas entre el siglo II y la Tardoantigüedad*. Uncastillo: Fundación Uncastillo.
- Beard, M. (2016). *SPQR: Una historia de la antigua Roma*. Barcelona: Crítica.
- Beltrán, F. y Marco, F. (1996). *Atlas de Historia Antigua*. Zaragoza: Libros pòrtico.
- Brown, P. (1991). *El mundo en la antigüedad tardía: de Marco Aurelio a Mahoma*. Madrid: Taurus humanidades.
- Christol, M. (1988). *De los orígenes de Roma a las Invasiones Bárbaras*. Madrid: Akal.
- Depeyrot, G. (1996). *Crisis e inflación entre la Antigüedad y la Edad Media*. Barcelona: Crítica.
- Domingo, P. (2009). *Historia de España V: Hispania tardoantigua y visigoda, Volumen I*. Barcelona: Crítica y Marcial Pons.
- Eich, P. (2005). *Zur Metamorphose des politischen Systems in der römischen Kaiserzeit: die Entstehung einer personalen Bürokratie im langen dritten Jahrhundert*. Berlin: Akademie Verlag.
- Hächler, N. (2019). *Kontinuität und Wandel der Soldatenkaiser: Untersuchungen zu Zusammensetzung, Funktion und Bedeutung des amplissimus ordo zwischen 235 und 284 n. Chr.* Leiden.
- Heater, P. (2006) *Emperadores y bárbaros: el primer milenio de la historia de Europa*. Barcelona: Crítica.
- Inglebert, H. (2005) *Histoire de la Civilisation Romaine*. París: Presses Universitaires de France.
- Mangas, J. (1999). *Historia Universal. Edad Antigua. Roma*. Barcelona: Vicens Vives.
- Pericot, L. (1970). *Historia de Roma*. Barcelona: Montaner y Simon S.A.

- Rémondon, R. (1967). *La crisis del Imperio romano: de Marco Aurelio a Anastasio*. Barcelona: Labor.
- Rostovtzeff, M., traducido por López, L. (1937). *Historia social y económica del Imperio Romano*. Madrid.
- Strobel, K. (1993). *Das Imperium Romanun im 3. Jahrhundert: Modell einer historischen Krise?* Stuttgart: Franz Steiner, Verlag.
- Torrent, R. (2012). *La Constitutio Antoniniana: reflexiones sobre el papiro Giessen 40 I*. Madrid: Edisofer.
- Tovar, A. y Blázquez, J.M. (1975). *Historia de la Hispania romana*. Madrid: Alianza.
- Wickham C. (2013). *El legado de Roma: una historia de Europa de 400 a 1000*. Barcelona: Ediciones de Pasado y Presente.

Congresos y seminarios

- Balil, A. (1972). “Economía de la Hispania Romana (s. I-III d.C.)”. Trabajo presentado en *Seminario de arqueología, Facultad de filosofía y letras*, Universidad de Santiago de Compostela.
- Remesal, J. (coord.) y Blázquez, J.M. (coord.) (1983). “Producción y comercio del aceite en la Antigüedad”. Trabajo presentado en el *Segundo Congreso Internacional sobre Producción y Comercio del Aceite en la Antigüedad*. Universidad de Sevilla.
- Taracena, B. (1950). “Las invasiones germánicas en España durante la segunda mitad del siglo III de J.C.”. Trabajo presentado en el *Consejo superior de investigaciones científicas*, Zaragoza.

Artículos

- Alföldy, G. (Octubre, 1973). “The third century crisis as seen by contemporaries”. *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 15, pp. 89-111. Institute for Advanced Study and Ruhr-Universität Bochum.
- Bravo, G. (2012). “¿Otro mito historiográfico? La crisis del siglo III y sus términos en el nuevo debate”. *Storia historica-Historia Antigua*, 30, pp. 115-140.
- López, R. (1990). “La supuesta invasión del siglo III en territorio de vascones”. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, H. Antigua*, t. 3, pp. 43-60.
- Moreno, E. (2014). “La percepción de la crisis del siglo iii en los autores de breviarios”. *Miscelánea de estudios en homenaje a Guillermo Fatás Cabeza*, pp. 529-536. Zaragoza.

Reseñas

- Navarro, F.J. (1998). Reseña de Strobel, K. (Karl), ""Das Imperium Romanum im 3. Jahrhundert. Modell einer historischer Krise?"" , Historia Einzelschriften 75, Franz Verlag, 1993, p. 408.

ANEXO



Imagen 1. Mapa de las provincias del Imperio Romano.

Fuente: Beltrán, F. y Marco, F. (1996). Mapa 61.



Imagen 2. Mapa de las ciudades romanas más importantes de la Península Ibérica.
 Fuente: Beltrán, F. y Marco, F (1996). Mapa 57.

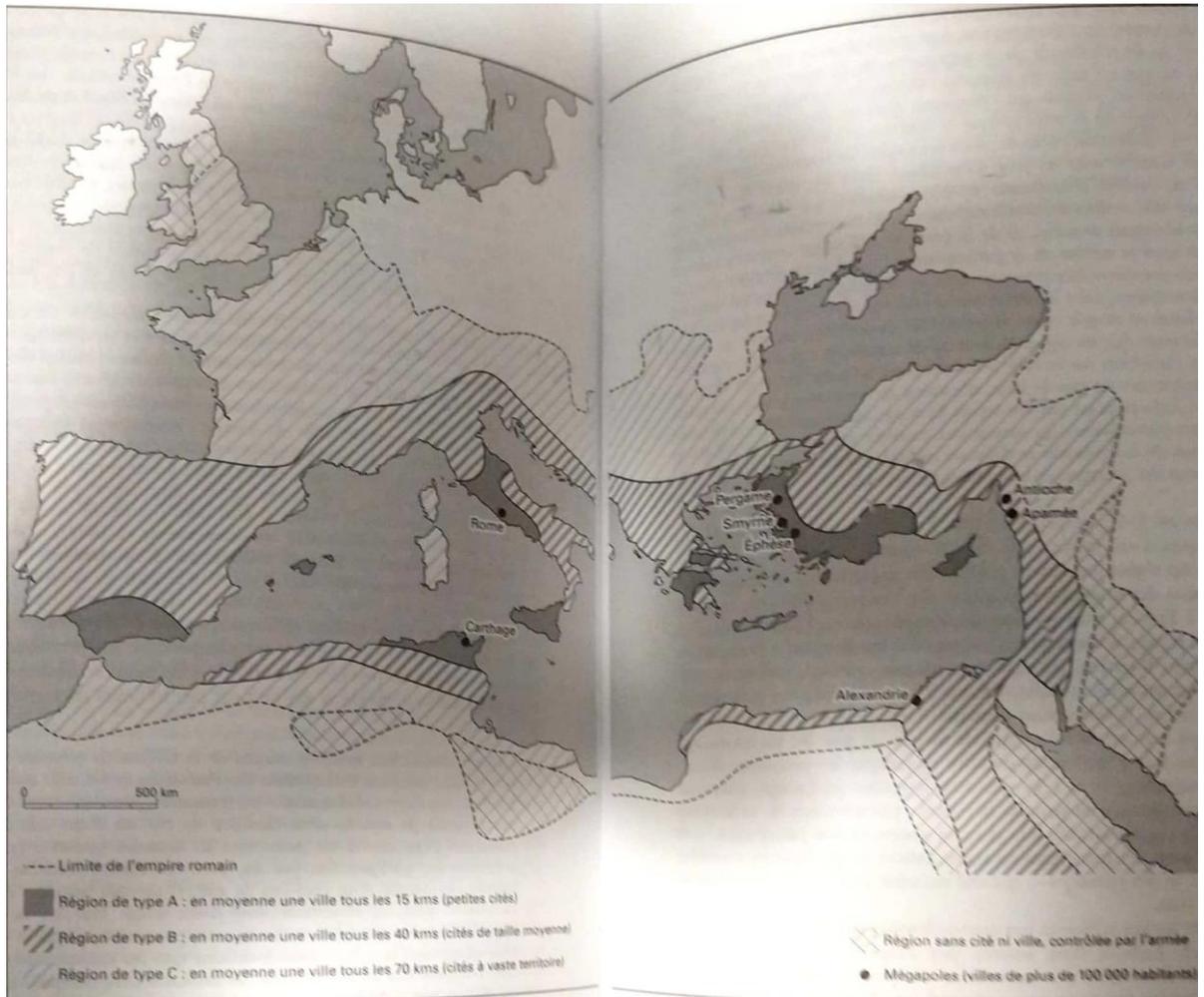


Imagen 3. Mapa de la distribución poblacional en el Imperio Romano.
Fuente: Inglebert, H. (2005), pp. 72-73.

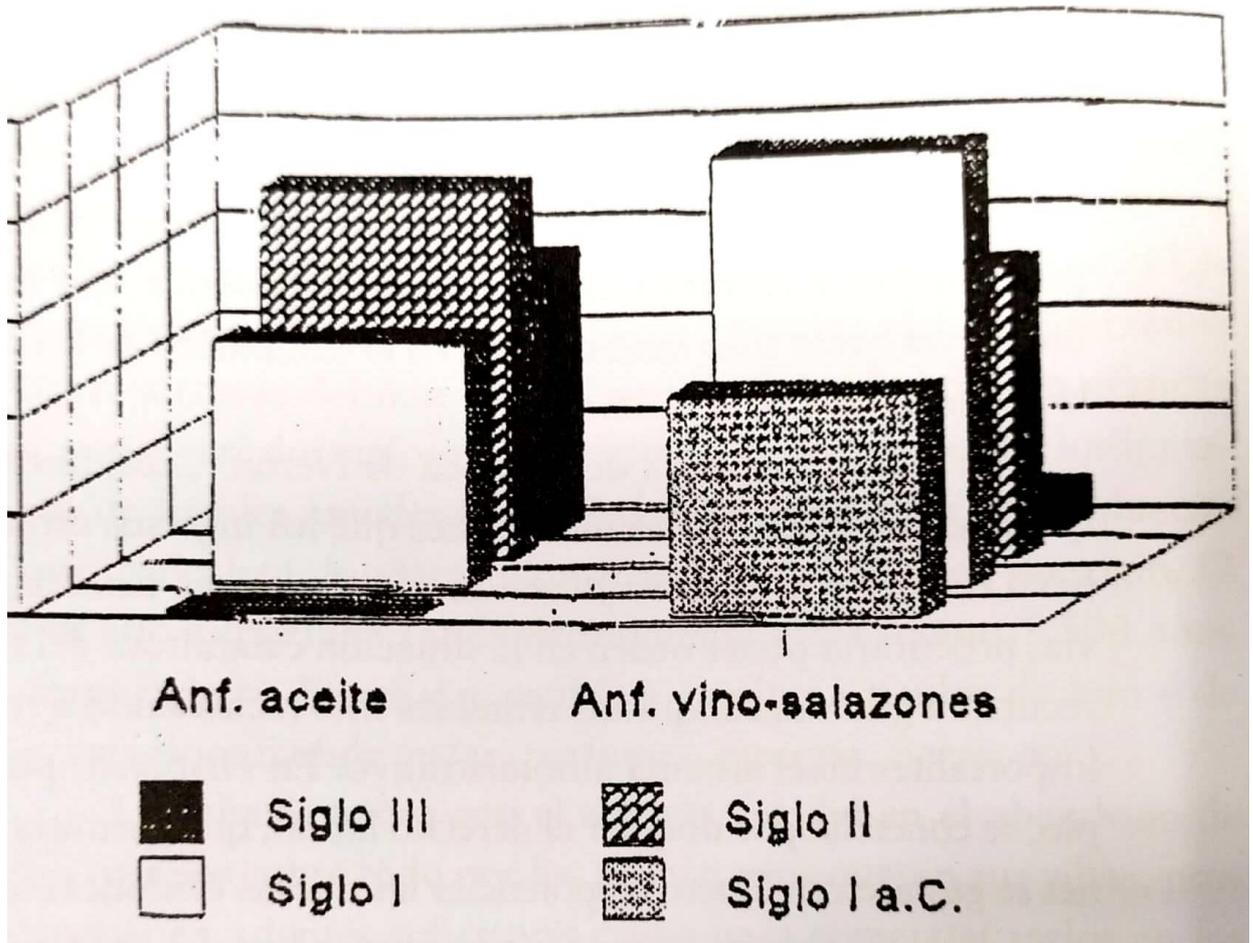


Imagen 4. Evolución de la exportación de vino y aceite de Hispania
Fuente: *Oppida Labentia*, gráfico de Chic García, G. p. 140.

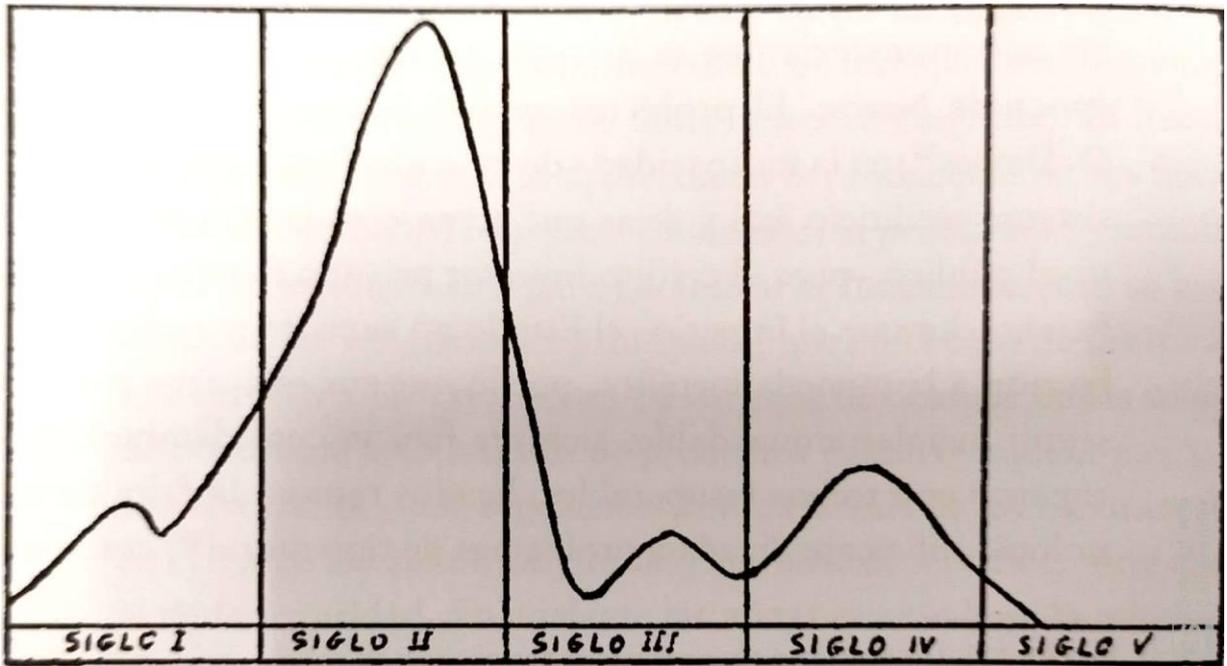


Imagen 5. Evolución de la extracción de plata en la mina de Riotinto.
Fuente: *Oppida Labentia*. Gráfico de Blanco, A. y Luzón, J.M. (1996). p. 152.



Imagen 6. Sala de las termas de Labitolosa.
Fuente: Fotografía del autor.

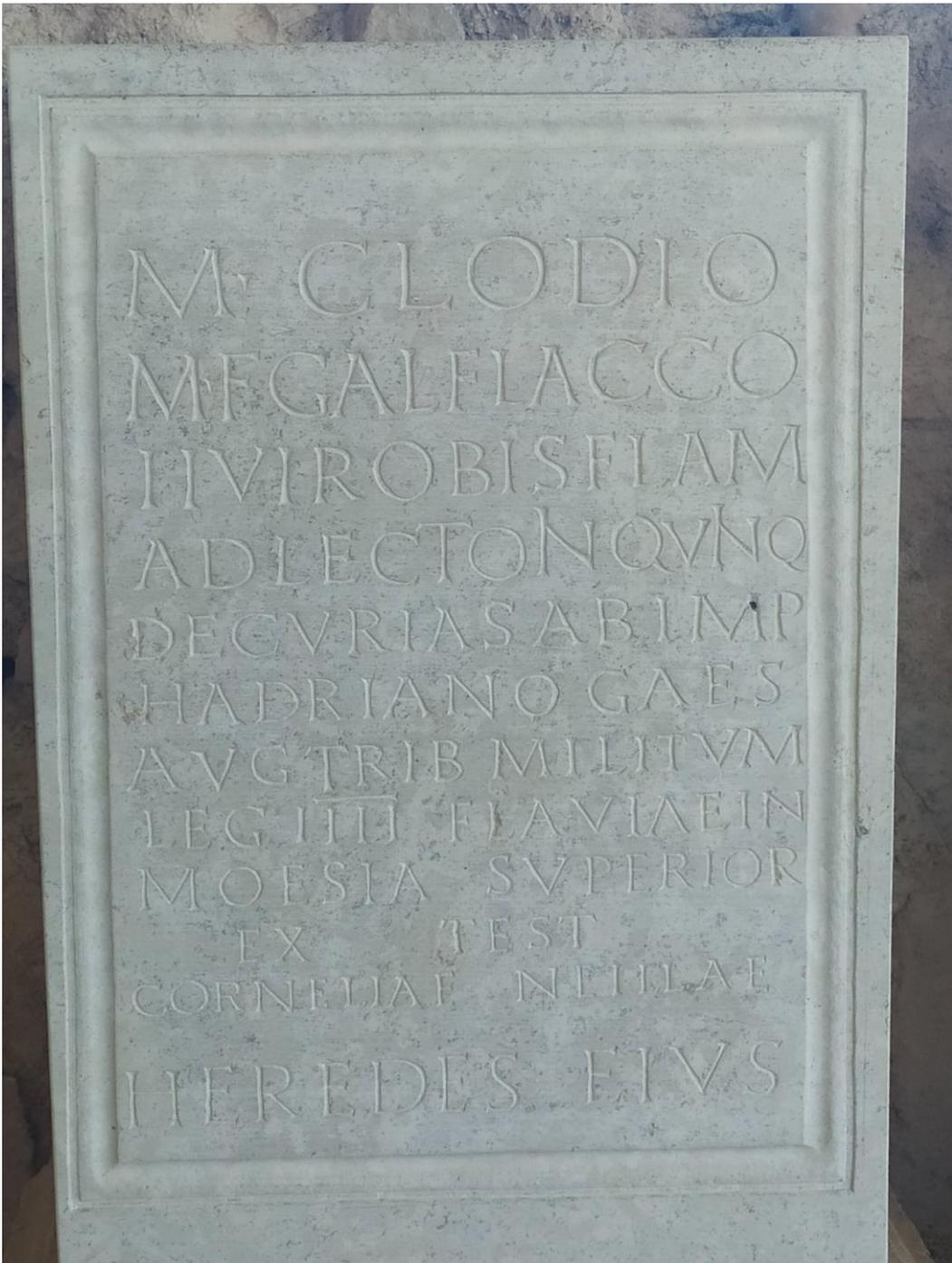


Imagen 7. Reproducción del pedestal de *Marco Clodio Flacco*, Labitolosa.
Fuente: Fotografía del autor.